

REVISTA DE LEVANTE

Redactor-Jefe:

V. CALVO-ACACIO

Agradecemos profundamente las frases de aliento y de elogio que con motivo de la publicación del primer número de esta REVISTA nos han dirigido los periódicos de esta ciudad.

También demostraremos al público nuestra gratitud por su benévola acogida, mejorando paulatinamente las condiciones materiales y tipográficas de esta REVISTA.

*
* *

Nos adherimos con entusiasmo al homenaje que se pretende rendir al poeta ilustre Sr. Llorente con la publicación de un libro dedicado á enaltecer sus altos merecimientos. Y no solo solicitamos anticipadamente nuestra modesta colaboración, sino que, realícese ó no tan culto pensamiento, publicaremos un número extraordinario dedicado al trovador que consagró vida y pensamiento al culto ferviente del arte.

Justo es que doremos el ocaso de los viejos luchadores recordándoles sus triunfos y sus glorias, ya que contribuyeron con sus trabajos al despertar de nuestras dormidas vocaciones.

V. CALVO-ACACIO

CRÓNICA

Y si habla mal de España, es español.
BARTRINA.

Hojeando las punzantes rimas del malogrado vate catalán para desentumecer mi espíritu de la lectura de esas otras conceptistas y tan sin jugo que hoy *esculpen* nuestros decadentes, topé con los versos que sirven de epigrafe:

Y si habla mal de España, es español.

Verdad tan profunda, que para mí es uno de los rasgos principales del carácter nacional, causa de muchos daños é insuperable barrera para nuestra salvación.

Hablamos todos mal de la Patria, nos reímos de las personas, las instituciones y las cosas más respetables; llevamos al extranjero nuestras propias carcajadas, y cuando provocamos la risa universal, olvidamos que la producimos y aún solemos tomar por superioridad insólita lo que no es sino servil eco de nuestras burlas.

La prensa, la gran prensa, con escepciones honrosas, es la culpable principal de semejante baldón; ella contribuye con sus explosiones admirativas, con sus elogios repetidos, al

encumbramiento político de personajes que no sirven ni para humildes secretarios municipales, y después, los mismos periódicos que celebraron solemnes vulgaridades y conocimientos de la vispera, truenan con frases apocalípticas de la carencia de hombres de gobierno y culpan á los directores de la cosa pública de nuestra decadencia y de nuestros desastres.

Y lo que se hace con los políticos, se repite con los artistas. Elegid al literato de menos vuelos, al pintor más amanerado, y si por cualquier motivo es del gusto de los que ejercen de críticos, cátales en el pináculo de la gloria y con la cartera bien repleta de dinero.

Después leéis sus obras, contempláis sus lienzos y, ó sugestionados por las alabanzas llegáis á ver bellezas donde no las hay, ó cogéis la pluma para decir con franqueza que el literato es una medianía y el pintor un cualquiera, y con seguridad que llueven sobre vosotros las injurias de los supremos sacerdotes de la crítica.

Luego, esos mismos críticos, desde las columnas de los periódicos extranjeros, afirman que en España todo es oropel, que no hay ni una molécula de oro puro.

Carecemos del sentido de la justicia. ¡Cuántas veces hemos escuchado las frases: «hay que pegar á fulano, hay que combatir á zutano», sólo porque dejaron de complacernos ó nos postergaron en determinadas combinaciones! Y se da el triste caso de que algunos directores de periódicos expriman su magín para defender á los suyos cuando están en el poder y fatiguen su imaginación para demostrar que hay cáncer gravísimo donde apenas existe sarpullido, sombras donde brilla luz cenital.

Nadie dice la verdad; no somos sinceros, y por no serlo, desfiguramos hasta nuestros propios males.

Lo de los once millones de analfabetos españoles, pregón de ignominia que lanzaron á los cuatro vientos, desde nuestro santificado Sr. Costa hasta el humilde meritorio de la última redacción, resulta exageradísimo según demostró con datos estadísticos verdad, no ha

mucho, el Sr. Bugallal, que podía, debía y quiso saberlo.

Tras esa mole de la ignorancia, claro está que en todo el mundo creen á pie juntillas en la perversidad de nuestros instintos, en lo cruel de nuestras africanas pasiones y hasta en la leyenda imborrable de la navaja oculta en las ligas de toda mujer española...

Y quien lea periódicos extranjeros observará que los atildados franceses, los ingleses fríos, los yankis calculadores y los cultos alemanes matan con tanta frecuencia como los españoles cuando la pasión les ciega, el alcohol les perturba ó la degeneración les empuja.

Registro un periódico cualquiera; el primero que cae en mis manos, el *Journal* del 18 de Agosto; le recorro rápidamente y he aquí el sumario de los delitos de sangre que relata: *Aplastada por su hijo.—Un hombre asesinado.—Asesino precoz.—Riña grave.—Una mujer estrangulada.—Muerte sospechosa de una niña.—Audacias de los bandidos.—Asesinados en el baile.—Marido que mata.—Asesinos detenidos.—Dramas de la desesperación.*

Lo que demuestra que la Humanidad es en todas partes la misma, y que no hay país, por civilizado que sea, que pueda desprenderse del todo de la deleznable naturaleza humana.

De la leyenda de nuestro ciego fanatismo religioso y político, es inútil hablar; de Oriente á Occidente, de Norte á Sur, sabemos que existen multitudes que visitan, enriquecen y veneran á curanderos y echadoras de cartas; que persiguen con la calumnia y el insulto á quienes no profesan idéntica religión; que siguen como hipnóticos á cualquier charlatan fundador de moral extraña; que se dejan matar como perros en defensa de políticos ambiciosos, y no faltan tampoco grandes pueblos en los que todavía se queman vivos á infelices negros en venganza de crímenes reales ó supuestos.

Guerras civiles, ¿dónde no las hubo? En la Historia no se tropieza con otra cosa, y si en España tuvieron tan larga y desastrosa duración, no es disparate pensar que se debió tanto á nuestras propias flaquezas como á ese repetido tópico de nuestra decadencia y muerte;

quizá ciertas cancillerías europeas no fueron ajenas á semejantes desventuras. ¿Quién afirmará que en pleno siglo XX, los grandes buitres civilizados no alientan al actual pretendiente marroquí? En las guerras siempre hay Melistófeles que, ocultos tras la neutralidad, acogen el combate con esa carcajada satánica que les inspira el convencimiento de que, cualquiera que sea el resultado de la lucha, han de ser para él los provechosos.

Con el menosprecio de la patria, con ese afán de ridiculizarlo todo, cultivamos una planta maldita: la de la mala educación, y esto sí que no es por desgracia una leyenda, sino terrible realidad. Da coraje y pena contemplar cómo ciertos jóvenes de blusa y de chaqueta escarnecen á venerables ancianos, persiguen y soliviantan á vagabundos infelices ó hacen enrojecer de indignación á cuantas mujeres pasan por su lado.

En los sainetes y en las obras del llamado género chico, se acostumbran las multitudes á ver escarnecidos continuamente á los agentes de la autoridad, y al salir el público á la calle se repiten las cuchufletas al verles; se toman á risa casi siempre sus órdenes y se les desacata cada momento por mozalbetes que debieran temblar ante sus teresianas. Por más corteses que sean los guardias municipales y del orden público, siempre aparecen como tiranos mal educados, inquisidores; cuando quien haya viajado por el extranjero, recordará que gendarmes y *policeman* apartan á las muchedumbres á puñetazo limpio cuando se desobedecen levemente sus mandatos.

Palpitante está la campaña de la prensa contra la Guardia civil por lo de Alcalá del Valle; no aventuro ningún juicio, porque proferir anatemas sin el convencimiento de la verdad, ni es discreto, ni justo, ni humano; pero sí puede asegurarse, que muchos de los que lloran lágrimas de cocodrilo por los supuestos martirios, con tal de poder escribir un artículo sangriento contra Villaverde ó Maura, darían por bien empleadas las mutilaciones de los infelices obreros y el sambenito y coraza que en el extranjero pondrían á nuestra patria.

En todas partes luchan entre sí los adversarios, se hace propaganda continua de ideas encontradas, se combate á los gobiernos, pero hay justicia y respeto para el contrario, se detienen con veneración ante las puertas del hogar enemigo y no se generalizan los ataques hasta el extremo de ultrajar á la propia raza. Las altas representaciones de la patria se miran, si no con simpatía, con toda clase de consideraciones; se acatan las leyes aunque se combatan y la oposición se hace siempre con razones hijas del estudio y de la meditación.

Aquí estamos ahitos de que Costas y Unamunos nos llamen eunucos é imbéciles á voz en grito, escudados en especulaciones faltas de lógica, de realidad y muchas veces de sentido común, y en pago de tales insultos despiadados é injustos, les llamamos insignes cada vez que escribimos su nombre...

Esto no es negar efectividad á nuestros defectos, es condenar la ligereza de esos augustos paletos á quienes se les encandilan los ojos y abre la boca de asombro ante las aparatosas exterioridades extranjeras para reneegar de España, considerándola, cuando no de cuerpo presente, como usufructuaria única y exclusiva de todas las lepras, ser acéfalo tumbado en un rincón del globo esperando que se lo merienden los buitres.

En París, la administración pública, en vista de los peligros que para la salud del vecindario encierra el agua del Sena, fijó en las esquinas esta advertencia: *Faites bouillir votre eau...* La gran urbe carece de agua potable, y cuando yo esperaba que todos los periódicos se desatarían en impropiedades contra la municipalidad y aún contra el gobierno de la vecina república, enmudece la gran prensa y el mundo apenas da importancia al grave problema parisién. Si en Madrid sucediese algo parecido, hasta en la Mandchuria tendrían compasión de los madrileños... y de los gobernantes.

O no tenemos la suficiente solidez científica para analizar sin destruir, para corregir sin ofender, ó la educación que echamos de menos en las clases obreras tampoco es patrimonio de las llamadas directoras é intelectuales.

Para cumplir con los altos fines de todo buen ciudadano hay que ponerse al lado de los Poderes Públicos, sean los que fueren, para prestarles ayuda en la peligrosa y difícil tarea gubernamental, apartando toda clase de egoísmos, ejerciendo el derecho de crítica con recto criterio y desinterés, y puesto que todo español conoce la morbosa constitución de la patria, que procure aplicarle si puede, sabe y debe los necesarios remedios, pero cuidando mucho de que allende las fronteras no den por corrompido lo que no está más que enfermo.

No hay que olvidar que en el orden político, así como en el económico y social, viven las naciones como los individuos á expensas de su crédito, sólido unas veces, otras, casi siempre, ficticio, y es muy importante para su vida y hasta para su ulterior prosperidad cuidar de que no se exterioricen las flaquezas y los quebrantos, porque la Humanidad es despiadada, cruel, loca y prefiere rendir homenajes al vicio con máscara de santidad, que ayudar á la virtud desharrapada y en entredicho.

LITERATURA EXTRANJERA

EÇA DE QUEIROZ

DE LA CORRESPONDENCIA DE FRADIQUE MENDES.

A Madame S.

Mi cara amiga: El español llámase D. Ramón Covarrubia, habita en el Passage Saulnier, 12, y como es aragonés y por lo tanto sóbrio, creo que con diez francos por lección se contentará ámpliamente. Más si su hijo sabe el castellano necesario para entender los *Romaneros*, el *Don Quixote*, alguno de los «Picarescos», veinte páginas de Quevedo, dos comedias de Lope de Vega, una que otra novela de Galdós, que es todo cuanto se necesita leer en la literatura española, ¿para qué desea mi sensata amiga que pronuncie ese castellano que sabe con el acento, el sabor y la sal de un

madrileño, nacido en las veras piedras de la Plaza Mayor? De este modo el dulce Raul va á desperdiciar el tiempo que la Sociedad le marcó para adquirir ideas y nociones (y la Sociedad, á un joven de su fortuna, de su nombre, de su belleza, apenas concede para ese abastecimiento intelectual siete años, desde los once á los diez y ocho), ¿en qué? En el lujo de apurar hasta un refinamiento superfino y supérfluo el mero instrumento de adquirir nociones é ideas. Porque las lenguas, mi buena amiga, son apenas instrumentos del saber, como instrumentos de labor. Consumir energía y vida en el aprendizaje de pronunciarlas tan genuina y puramente que parezca que se nació dentro de cada una de ellas, y que por medio de cada una se pidió el primer pan, es hacer como el labrador, que en vez de contentarse para cavar la tierra con un hierro sencillo clavado á un palo más sencillo aún, se aplicase durante los meses en que la huerta tiene que ser trabajada, á embutir emblemas en el hierro y á esculpir flores y follaje á todo lo largo del palo. Con un hortelano así, tan menudamente ocupado en alindar la azada, ¿cómo estarían ahora, señora mía, sus pomares de la Touraine?

Un hombre sólo debe hablar con impecable seguridad y pureza la lengua de su tierra: todas las demás debe hablarlas mal, orgullosamente mal, con aquel acento chato y falso que enseguida denuncia al extranjero. En la lengua es donde verdaderamente reside la nacionalidad; y quien fuera poseyendo con creciente perfección los idiomas de Europa, iría sufriendo gradualmente una desnacionalización. No hay ya para él el exclusivo encanto del *habla materna*, con sus influencias afectivas que lo envuelven y aíslan de las otras razas; y el cosmopolitismo del Verbo, irremediablemente le da el cosmopolitismo del carácter. Por eso el poliglota nunca es patriota. Con cada idioma ajeno que se asimila, introducénsenle en el organismo moral modos ajenos de pensar, modos ajenos de sentir. Su patriotismo desaparece diluido en extranjerismo. *Rue de Rivoli, Calle de Alcalá, Regent Street, Wilhem Strasse*, ¿qué le importa? Todas son

calles de piedra ó de asfalto. En todas, el habla ambiente le ofrece un elemento natural y congénere, donde su espíritu se mueve libremente, espontáneamente, sin titubeos de ningún género. Y como por el Verbo, que es el instrumento esencial de la fusión humana, se puede fundir con todas, en todas siente y acepta una patria.

Por otro lado, el exfuerzo continuo de un hombre para expresarse con genuina y exacta propiedad de construcción y de acento en idiomas extraños, esto es, el esfuerzo por confundirse con gentes extrañas en lo que ellas tienen de esencialmente característico, el Verbo apaga en él toda la individualidad nativa. Al cabo de años, ese habilidoso, que llegó á hablar absolutamente bien otras lenguas, perdió toda la originalidad del espíritu, porque sus ideas forzosamente deben tener la naturaleza incaracterística y neutra que les permita ser indiferentemente adaptadas á las lenguas más opuestas en carácter y en genio. Deben ser como aquellos «cuerpos de pobre», de que tan tristemente habla el pueblo, «que caben bien en la ropa de todo el mundo».

Además de eso, el propósito de pronunciar con perfección lenguas extranjeras, constituye una lamentable adulación para con el extranjero. Hay como el deseo servil de *no ser nosotros mismos*, de fundirnos con él, en lo que él tiene de más suyo, de más propio, el Vocablo. Esto es, pues, una abdicación de la dignidad nacional. No, señora mía. Hablemos noblemente mal, patrióticamente mal las lenguas de los otros. Y hasta porque para los extranjeros el poliglota sólo inspira desconfianza, como ser que no tiene raíces en ninguna parte, que rueda á través de nacionalidades ajenas, sucesivamente se disfraza en ellas é intenta una instalación en todas porque en ninguna es tolerado. Con efecto; si mi amiga recorre la *Gaceta de los Tribunales*, verá que el perfecto poliglotismo es un instrumento de alta *escroquerie*.

Y hé aquí como llevado por el dilentandigeño de las ideas, en vez de unas señas le envío un tratado.

Que mi garsulismo, al menos, le haga son-

reír, pensar y evitarle á nuestro Raul el trabajo de pronunciar ¡Viva la gracia! y ¡Benditos sean tus ojos! Exactísimamente como si viviese en una esquina de la *Puerta del Sol*, con una capa de embozos de velludo, chupando el cigarro del Lazarillo. Esto, sin embargo, no impide que se utilicen los servicios de D. Ramón. Él, además de zorrillista, es guitarrista, y puede sustituir las lecciones en la lengua de Quevedo por lecciones en la guitarra de Almaviva, y su lindo Raul ganará así una nueva facultad de expresar emociones por medio de cuerdas de alambre ¡Y este dón es excelente! Conviene más en la mocedad, y hasta en la vejez, saber por medio de cuatro cuerdas de una guitarra desahogar el alma de las cosas confusas que la llenan, que poder, á través de todos los hospedajes del mundo, reclamar con perfección el pan y el queso, en sueco, holandés, griego, búlgaro y polaco.

¿Y será realmente indispensable, aún para proveer, á través del mundo, estas necesidades vitales del estómago y del alma trillar durante años, bajo la férula de los maestros, «los descampados y atolladeros de las gramáticas y pronunciaciones», como decía el viejo Milton? Yo tuve una admirable tía que hablaba únicamente el portugués y que recorrió toda Europa con desahogo y confort. Esta señora, risueña, pero dispéptica, comía simplemente huevos, que sólo conocía y comprendía bajo su nombre nacional y vernáculo de *ovos*. Para ella *huevos*, *œufs*, *eggs*, *das ei*, eran sonidos de la naturaleza bruta poco diferenciables del craar de las ranas ó del estallar de la madera. Pues cuando en Berlín, Londres, París, ó Moscow deseaba sus huevos, esta expedita señora reclamaba al fámulo del Hotel, clavaba en él los ojos agudos, agachábase gravemente sobre la alfombra, imitaba con un revolver lento de las sayas una gallina clueca y gritaba: ¡*Ki-ki-ri-ki!* ¡*Ko-ko-ro-ko!* ¡*Ko-ko-ri-ki!* Nunca en ciudad ó región inteligente de la tierra, mi tía dejó de comer sus huevos, y superiormente frescos. Beso sus pies, benévola amiga.—*Fradique*.

NELA

(CUENTO LEVANTINO)

Al distinguido literato Pedro González-Blanco

Llegaba la mar azul hasta el huerto de naranjos, maravilla que una lengua de tierra vegetal, no arenisca y estéril, realizó por capricho de la Naturaleza. Las espumas de nieve bordaban con sus encajes las aguas tranquilas de nuestro piélago, rumorosas á veces como diálogo de amor, retozonas otras como musiquilla francesa. El cielo, cobalto de día, era índigo de noche, según le llenaba el sol con polvoriento rayo de oro, hasta que la tarde le obscurecía condensando su color y salpicándolo de blancas estrellas; la casa, pintada de azul como el cielo y el mar, mostraba entre el bosque de naranjos sus pardas tejas, su pórtico de jazmines en flor, su seto de rosales indiscretos, llenos de gigantes flores, en cuyo cáliz dormían las abejas y abrevaban las mariposas altivas, con las alas llenas de ojos azul-prusia, rodeados de oro. La dulce majestad del viento, preñado de perfumes y de colores, envolvía el paisaje como la nube de incienso el templo deseado por el alma inquieta.

Tal fué mi residencia aquel verano, tras de un largo viaje por Europa; el hartazgo de obras maestras mal digeridas en los museos, los viejos cuadros de Frá Angélico, y de Giotto, los negros grabados de Durero, los repujados de Cellini, los tapices de Beauvais, las estatuas griegas y los pergaminos medioevales, requerían, tras de tan largo admirar, un reposo dulce, de emociones más sencillas, una saturación de naturaleza viva y no engrandecida por el arte. Fui pues á mi olvidada casa de campo, resto de opulencias pasadas, que el torbellino de la vida en la gran urbe y la bohemia del estudio y de las manoseadas modelos, me hizo olvidar largos y revoltosos años. Llegué una mañana de Julio sin avisar, no llevando más equipaje que la maleta y el ballete de campaña con la caja de colores.

El asombro del viejo Blay fué portentoso.

Llevó sus manos á la emblanquecida cabeza, abrió luego los brazos y apenas supo murmurar entre un rugido de alegría: — ¡Es el *siñoret*! atrayéndome sobre su pecho robustísimo y besándome con sus labios blanduchos. Me había visto nacer.

El cuarto del piso principal que se me destinó y limpió en un periquete, no era chico ni mal ventilado, pues el balcón de hierro traía por encima de las cúpulas verdes de los naranjos la salina brisa del mar y acariciaban sus ladrillos descarillados las cándidas flores del tremolante jazmín. Una gran cama de madera con desdorados pies imitando sirenas y con altas columnas salomónicas, un deslucido retrato de algún antepasado mío, ceñido por casaca bermellón, adornado con empolvada peluca y blasonado en un rincón del lienzo; gavetas panzudas y sillas con respaldo en forma de lira, completaban aquel mueblaje del siglo XVIII, en cuyas entrañas chirriaba de noche la carcoma. Todo aquello tenía gran encanto para mí al contemplar entre las cuatro paredes tanta vejez, acariciada por lo eternamente nuevo, el aura perfumada y el cielo riente.

Durante el primer día vagué loco por el huerto, cuyas naranjas verdinegras, ya del tamaño de nueces, solían azotar mi sién con sus choques, si, descuidado, me acercaba. El mar, como balsa tranquila, remansando entre las rocas cubiertas de alga negra, mostraba con el vaivén algo de su fondo, desmelenando los sumergidos fucos; entreveían los reflejos de plata de algún pez roquero ó las velludas patas del cangrejo filósofo, trepador de las peñas. Apenas comí; el cansancio me rindió pronto sobre el majestuoso camón de mis progenitores.

¡Qué dulce sería un idilio en este país! ¡Cómo desempeñaría yo el papel de Overon ante alguna Titania vestida de blanco y de cabellos rubios que, asida de mi brazo, pisase con sus menudos pies la roja tierra, segara de su tallo las rosas Verón, grandes como granadas, y adornase con ellas el seno virginal mientras que yo le enclavara por entre los cabellos los tallos rectos del jazmín, robando besos á sus labios y dejando á sus manos des-

peinar mis melenas negras. Esto soñaba cuando me despertaron tocándome en el hombro.

Allí estaba la Titania, pero, ¡qué distinta de la de mis sueños!

Era una mozallona negra casi á puro de ser morena, con cabellos azulados como una egipcia, boca grande y velludos brazos. Reía con infantil estupidez y me presentaba un gran cuenco de leche morena y espesa que bebí con delicia. Entretanto la chica mordía una punta de su delantal gris y reía mirándome con unos ojos tan negros como el azabache, pero marcados por unas cejas cerdudas, nada simpáticas.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté por decir algo.

Ella no contestó al pronto por no entender otra lengua que el dialecto levantino, y cuando repetí la pregunta ya traducida, me contestó sin dejar de reír:

—Néla.

No pude sacarla una palabra más. Se marchó riendo estúpidamente y volviendo la cara dos ó tres veces para mirarme.

Hablé de ella con Blay más tarde, en el reposo del almuerzo, después que el anciano colocó á su comodidad el azadón cerca de sí y limpió su calva frente bi-color á consecuencia del sol y del gorro. Néla era huérfana, sin historia romántica que la hiciese interesante. Su madre recibió, durante el embarazo, un golpe en el vientre y nació la chiquilla medio idiota. La epilepsia, ese mal feroz que no suele matar al poseído, pero que le tortura, le ataraza los nervios y le convierte en reptil que se retuerce y babea, se enseñoreó á los ocho años del cuerpo de Néla como el «Mal Espíritu» de la Edad Media á los coreicos de ciertas provincias alemanas. Su idiotez fué creciendo con la edad, y á los quince años quedó sola en el mundo por muerte de su madre. Recogióla el tío Blay para su servicio, y esta era la triste historia sin más episodios ni acontecimientos. Tenía la fuerza de un atleta y la empleaba en el granero manejando los sacos de arroz, ó por Diciembre, cargando sobre sus hombros enormes espuelas de naranja; pero nada de trabajos domésticos, ni freir un

huevo, ni asar un cabritillo, ni cocer un arroz; limpiaba los muebles y nada más. Reía y más reía, llorando solamente cuando le parecía corta la ración de sustento.

No pensé más en ella, como es natural, y transcurrieron las semanas plácidamente para mí, entregado á la contemplación y procurando trazar en lienzos preparados los cambiantes del mar, lo violáceo de la lejana sierra y la esmeralda oscura del naranjal solitario. Tenía también parte del pensamiento del lado de allá... Emma Lautier, elegante actriz que me había rechazado cruelmente, diablillo de ojos pardos y cabello teñido de oro, con tallo de avispa y boquita de fresa, á quien pensaba volver á ver en París por el mes de Octubre.

La noche majestuosa, tranquila, bordada por esas estrellas titilantes que en las tierras de Oriente tienen el brillo de las piedras preciosas, caía con sudario de azur sobre el sinople del bosque umbrío, cuyos ramos de naranjas verdes encorvaban las ramas con su peso. Echado yo bajo un arbusto, escuchaba, no lejos de mí, el rezumar del agua en las peñas y miraba por entre el follaje á la soberbia Polar, que temblaba un poco sobre el fondo turquí, y á sus compañeras Sirio y Arturo. De pronto surgió ante mí una figura blanca.

Néla, con el último velo por único traje, semejando un dragón á quien envuelve un sudario, se acercó sin mostrar rubor alguno y se quedó en pié mirándome con la risa estúpida de siempre. Sus senos gruesos y apretados levantaban el cendal y sus caderas redondas oprimíanse á los costados, encerradas por la menguada tela. Se sentó á mi lado en el césped y cogiéndome la cabeza con un vigor parecido al que debieron emplear para cortarla los verdugos del siglo X, me besó en la boca llenándomela de fuego.

Fuí débil y sucumbí.

Aquella noche de amor me costó dos días de cama y muchos de vergüenza. El trasunto de todas las delicadezas, anidadas en mi alma y en el fondo de mi corazón de artista protestaba furioso de su promiscuación con aquel escuerzo. Nunca debí ceder ante la bestia inconsciente, sedienta de placer y sin intelligen-

cía ni alma para estimar su dicha. Ella no volvió más á buscarme. Yo la evité. Sólo pude observar que aquella risa estúpida desapareció de sus labios, siendo reemplazada por una mirada torva é inquieta como de perra que teme el castigo.

Cuando al empezar Septiembre llegó un día en que el caballo me esperó enjaezado para conducirme á la estación, entre las lágrimas sinceras de Blay y sus protestas de cariño, Néla, en pié junto á la puerta de la granja, mordía el delantal sin reír y con la mirada de siempre. Me desprecié interiormente con toda mi alma y partí.

Recibí carta de Blay en la que me daba cuenta de la ópima cosecha, una tarde en que comía en mi cuartito del Faubourg con la ya mansa Emma Lautier. Una noticia me daba el labrador entre pintorescas frases bilingües y fantástica ortografía. Néla había muerto de un accidente casual. ¡Desde que el *siñoret* se marchó, decía Blay, cogió el vicio de jugar con la escopeta y. .

GONZALO CANTÓ

¡¡AGRES!!...

Rápida-descriptiva

En la escarpada sierra
que se levanta
sobre su endurecido
firme cimiento,
se vislumbra una humilde
capilla, santa
que adosada á sus muros
tiene un convento.

*
* *

Visten el pardo y tosco
sayal de lana
los padres franciscanos
que en él residen,
y después de sus rezos,
por la mañana,

cuando bajan al pueblo
limosna piden.

*
* *

Y este delicioso
rincón tranquilo,
el primero que besa
la blanca aurora,
la Emperatriz del cielo
tiene un asilo
y á sus plantas un pueblo
que en ella adora.

*
* *

Su aroma allí le envían
por la mañana
al abrir la silvestre
flor su corola,
el romero, el tomillo,
la mejorana,
el espliego y la salvia
del Mariola.

*
* *

De entre el abrupto monte
que al templo ampara,
porque en él su altar tiene
la Virgen bella,
brotó el agua abundante,
tan limpia y clara,
que de noche la luna
se mira en ella.

*
* *

Son las aguas tan puras
y hay allí tantas,
que han hecho que en las peñas
nazcan las flores,
y en las fuentes, sus picos
y sus gargantas
refrescan las alondras
y ruiseñores.

*
* *

Le presta al rincón santo
plácida sombra
el monte que al convento
sienta en su falda,

y allí Naturaleza
 tiende una alfombra
 del color y del tono
 de la esmeralda.

*
 * *

Festonean la senda
 que vá al convento
 hileras de cipreses,
 todos iguales,
 y embriagado de aromas
 se duerme el viento
 sobre las hojas verdes
 de los nogales.

*
 * *

Del álamo en la copa
 la brisa juega
 y en sus ramas los pájaros
 cantan á coro,
 y á marchitar las flores
 el Sol no llega,
 aunque en ellas se rompen
 sus rayos de oro.

*
 * *

Por entre los cristales
 y celosías
 llega el Sol, de la Virgen
 á los altares,
 y amoroso la besa
 todos los días,
 antes de que su disco
 se hunda en los mares.

*
 * *

Sobre un almez añoso
 la Virgen pura,
 como blanca paloma
 detuvo el vuelo,
 que en aquella montaña
 de gran altura
 está, al par que en la tierra,
 cerca del cielo.

*
 * *

Tiene la Virgen bella
 tantos devotos,

por ser de todos Madre
 y amparo y guía,
 que por verla, las gentes
 de los remotos
 pueblecillos acuden
 en romería.

*
 * *

El lindo pueblo de Agres
 es el más sano
 que hay sin duda por estos
 alrededores;
 en él no se conoce
 lo que es verano,
 ni en Agosto en que aprietan
 más los calores.

*
 * *

El aire libre y puro
 que se respira,
 parece algunas veces
 que se embalsama,
 y embelesa y sorprende
 cuando se admira
 la variedad espléndida
 del panorama.

*
 * *

Van las modestas casas
 del vecindario
 hacia el convento todas
 abriendo calle;
 tiene el pueblo una iglesia
 y un campanario,
 y encerrado entre cuatro
 sierras, un valle.

*
 * *

Atravesando peñas
 que el tren perfora,
 como el rayo á la dura
 y añosa encina,
 la encendida y gallarda
 locomotora
 por los rieles de acero
 rauda camina.

*
 * *

A encerrar el rebaño
van los pastores,
caminito de casa
con paso lento,
y regresan del campo
los labradores
cuando al *Ángelus* tocan
en el convento.

* * *

Este pueblo creyente,
limpio y risueño,
sobre las duras rocas
duerme tranquilo,
pues sabe que la Virgen
vela su sueño
desde aquel apartado
y humilde asilo.

* *

Y por eso en la noche
clara y serena,
al dormirse la invocan
sus moradores.

.
¡Dios te salve, María,
de gracia llena,
ruega Tú por nosotros
los pecadores!

P. G. BLANCO

MAURICIO MAE- TERLINCK

El caso de Mauricio Maeterlinck es sobremanera curioso. Hasta estos últimos años en que comienza su celebridad, apenas era conocido sino de unos cuantos artistas que lo admiraban fervientemente.

En los libros (1) de crítica patológico-literaria—género introducido en España por el Sr. de Bobadilla,—se excomulgan sus versos *Les serres chaudes*, donde entremezcladas con deliciosas evocaciones, hay alguna que otra audacia, de las que daban entrada allá por los años de 1890 á 1892 en los «cenáculos».

(1) Véase á Max-Nordan: *Degénérescence*, t. II.

Había en *Les serres chaudes* dos ó tres composiciones de un género nuevo, ó renovado para mejor decir, con las que escasamente pudo llegar Maeterlinck al alma de unos cuantos dilletantis y de otros pocos imbéciles.

Sin duda, amargado por esta falta de público y al ver que se batía contra los eternos molinos de viento, Maeterlinck se retiró á la Flandes silenciosa, donde podría pacíficamente leer las páginas de Emerson, de Carlyle, de Ruysbroeck el admirable, elevándose poco á poco hasta una filosófica serenidad de alma.

En una manera poco accesible á los espíritus que no tienen la feliz costumbre de las especulaciones morales, escribía los brevariarios de esta vida interior, de tan gran riqueza espiritual, que los que sólo leen libros al azar y por puro entretenimiento, necesariamente han de desdeñarlos. Sin embargo, á partir de esta época es considerado por todo el mundo como un gran poeta, horticultor de almas en *Serres chaudes* y teólogo eminente del ateísmo.

* *

Es indudable que con la princesa Maleine y sus hermanas, entra un poco de aire nuevo en el palacio de la literatura. Algo como si bruscamente se hubiesen abierto los balcones de un salón lleno de recogimiento y de antigüedad solemne, donde los pliegues de los ceremoniosos cortinones guardasen el sahumerio de perfumes viejos, una mañana de viento. En la historia de estas almas virginales y sutiles, cuyas vidas se desenvuelven modestamente á la sombra de un palacio, dramáticas, sin violencias ni crueldades, se reconoce una tradición perdida hace ya siglos. Maleine, Melisande, Ascolaine y Alladine recuerdan como hermanas empalidecidas por el tiempo á aquellas princesas cuyo destino se relata en los cuentos de hadas. Parientas muy próximas de las heroínas de Shakespeare, de Chaucer y de todos los poetas de los siglos soñadores que forman el ciclo de las leyendas del Norte. Figulinas graciosas, melancólicas muñecas, siempre al lado de sus sirvientas, de sus viejas nodrizas, como junto á un sueño antiguo, dibujadas siempre en horizontes propicios; «una

fuente en el parque», «una terraza del casti-
llo» ó «vastas grutas subterráneas».

Es preciso convenir en que este teatro, á falta de otra satisfacción, ofrece á nuestra sensibilidad campo donde esparcerse. Mas hay otras razones por las que positivamente merece mejor fortuna. En *La Princesse Maleine*, *Pelléas et Melisande*, *Alladine et Palomides*, *Aglavaine et Lélysette*, *La mort de Tintagiles*, hay todo lo mejor de una ética, la moral de las «vidas pequeñas» — *des petites vies* dice él — de esos «pequeños seres misteriosos como todo el mundo». Maeterlinck cree que en el fondo de las conciencias humildes hay inagotables tesoros de sueño y de poesía. La explicación de su obra dramática hasta hoy se encuentra en una página de *La Lajesse et la Destinée*, comentario luminoso de esta concepción: «En el fondo, ¿qué es una vida pequeña? Llamamos así á una vida que se desenvuelve entre cuatro ó cinco personajes, una vida en que los sentimientos, los pensamientos, las pasiones, los deseos, se depositan sobre objetos insignificantes. Mas para el que bien la observa, toda vida es grande».

*
* *

En torno á estas historias sencillas aprendió Maeterlinck su curso de filosofía y se retiró á reflexionar sobre algunos problemas que había esquematizado, repartiendo el tiempo entre la meditación, la lectura y «la vida de las abejas». Antes de recoger la mies de la sabiduría que en su alma laboraba, dejola madurecer según las leyes de la sana cultura. Hombre de pocos libros, que es una de las primeras leyes de la sabiduría, sus compañeros fueron Novalis, Carlyle, Emerson, Renan y Ruysbroeck, y en sus últimos libros *Le trésor des humbles*, *La Sagesse et la Destinée* y *Le Temple Enseveli*, hay una huella discreta de esta feliz intimidad.

Emerson, «el buen pastor matinal de los prados verdes y pálidos, de un optimismo nuevo, natural y plausible», como él lo llama en un arrebató de tierno simbolismo, hizo de Maeterlinck el mejor «ensayista» en lengua francesa. Al contacto prolongado de Ruys-

broeck el admirable, adquirió un cierto espíritu religioso que se mezcla hasta con su ateísmo. A Carlyle le debe el culto por la vida interior. Y en este reparto, un poco arbitrario, de dones, débete Maeterlinck á Renan esos finos y profundos análisis morales que tanto enaltecen su obra.

*
* *

Cuando escribió Maeterlinck *La Princesse Maleine*, pensaba ya, aunque un tanto vacilante, en el oscuro destino de los seres, y establecía su ética sobre bases que pudieran parecer falsas, pero que no lo son dado el pensamiento inicial. Habiendo imaginado tantas almas sin ventura, no podía creer en el destino regulado por el péndulo de oro de una justicia absoluta, y hasta el momento en que piadosamente niega á Dios, su sabiduría cristaliza en torno de otra justicia la que llevamos en nuestro espíritu, si es que tenemos espíritu. Es esta una concepción que se desarrolla integralmente. Maeterlinck, más allá de la idea de recompensas y de castigos, exteriores á nuestra conciencia, exterioriza, por decirlo así, esta idea hasta la superstición, hasta cantar la «justicia ideal».

*
* *

Hay una página que resume admirablemente el pensamiento de este negador-idealista, que habiendo destruido en su alma los cultos edificadas por su instinto y por su corazón, reedifican en el maravilloso alcázar de sus frases, de un simbolismo puro y preciso, otro culto más orgulloso pero menos consolador que los otros. Es el culto de la justicia. Confieso ingenuamente que me merece toda la simpatía en esta su nueva actitud frente al problema de las causas primeras y eternas de las cosas. Mas la vida, en su constante ondular, reemplazará esta creencia por una nueva, y ésta, á su vez, irá con el tiempo á parar á ese panteón nuevo de las incredulidades modernas, en que coleccionamos las hipótesis de nuestras religiones sin divinidad, como en otro tiempo en Roma, las religiones del mundo entero,

donde Renan quiso un día instalar su categoría de lo Ideal.

La página dice así: «Yo puedo creer de una manera religiosa é infinita que no hay Dios, que mi aparición sobre la tierra no tiene objeto fuera de ella misma, que la existencia de mi alma no es más necesaria á la economía de este mundo sin límites que los matices efímeros de una flor; vosotros podéis creer que un Dios Todopoderoso y único os ama y os protege; yo seré más feliz que vosotros si mi incertidumbre es más grande, más grave y más noble que vuestra fe, si ha interrogado más intimamente mi alma, si ha recorrido su horizonte más extenso, si amó más cosas. El Dios en que no creo será más poderoso y más consolador que aquel en que vosotros creéis, si yo merezco que mi duda repose sobre sentimientos más vastos y más puros que los que animan vuestra certeza. Creer ó no creer, no tiene importancia, lo que es necesario es la lealtad, el desinterés y la pureza de las razones por las que se cree ó por las que no se cree.»

J. B. RIOS

LA HISTORIA DE FRANCIA DE GUIZOT.

Es siempre interesante la historia de un gran pueblo. Los vaivenes y las luchas de la humanidad á través de los tiempos y de las evoluciones políticas y religiosas constituyen fuente de provechosas enseñanzas para el pensador. Francia es una de las naciones que por más vicisitudes ha pasado en el transcurso de los siglos, y por lo mismo, su saliente personalidad política, la inmensa pléyade de sus grandes hombres y el maravilloso fulgurar de sus grandes hechos, hacen del estudio de su historia un compendio del de toda la humanidad, siempre útil y por todo extremo instructivo y agradable.

Dueña tres veces de Europa por el poderoso impulso de sus Césares, como Carlo Magno,

Luis XIV y Napoleón; productora primero del gran gérmen revolucionario que redimió á la humanidad con sus terrores, y luego de la gran modificación en el sentido constitucional, de la que fué maestra para todo el resto del mundo, es madre de todas las libertades y mantenedora de todos los derechos. Los grandes pueblos lo son hasta en sus errores, y si la crítica y la filosofía, con sus aceradas apreciaciones y sus serenos juicios, pueden hallar el defecto de que adolecen hechos y personas, no es por ello la simple enunciación de tantas grandezas menos sugestiva y menos útil para la nutrición intelectual.

La personalidad de Mr. Guizot es de tanto relieve, que nadie que no sea un completo indocto puede ignorarla ni desconocerla. Largos años ya que el gran historiador descendió á la tumba. Su obra política y filosófica pertenece á la posteridad. Los grandes hombres que como él han vivido una vida de turbulencias, de revoluciones populares y han llegado al altísimo puesto de jefe de un gobierno en tiempos calamitosos de luchas y de revueltas, no suelen, absorbidos por la marea política, laborar en otra, siquier sea con ella relacionada. Guizot, primer ministro de Luis Felipe, aquel Duque de Orleans, hecho rey por el pueblo en la revolución de 1830 y arrojado por el pueblo en 1848, tiene, de historiador, que pasar al puesto de historiado, y de juicioso espectador crítico al de actor de la gran tragedia humana. Interrumpió el manuscrito de su *Historia de Francia* al llegar á la tremenda fecha de 1789, y comenzó tan sólo á narrar el desventurado fin de los Borbones franceses, que comenzaron en Yvry para terminar en la guillotina. No podía, continuando su obra, verse obligado á hablar de sí mismo, pero el libro de sus memorias ha servido muy mucho á su continuador para seguir la interrumpida narración de los hechos.

Es la *Historia de Francia* de Guizot una escepción como libro científico. La dura y obscura aspereza de la historia crítica y filosófica, que impide muchas veces al simple aficionado seguir en la lectura, por hallar las apreciaciones particulares del escritor sobrado ári-

das y desprovistas de interés, no aparece jamás en tan loable obra. El epígrafe de «Contada á mis nietos» que el venerable anciano puso como explicación en el frontis de su libro, explica en parte esta sencillez amena, que hace de la historia de Francia una obra por demás sugestiva é interesante.

Los vivos diálogos sostenidos por soberanos, hombres de guerra, políticos, damas y prelados le dan novelesco sabor.

Estamos seguros de que el tomo no cae, entre muestras de aburrimiento, de las manos de ninguna señora, y este es el mayor triunfo de su elegancia y sencillez, en un país como el nuestro, en el que desgraciadamente la mujer no brilla por su afición al estudio, y en el que casi lee otra cosa que el devocionario ó alguna novela pueril. La continuación hasta nuestros días por Mme. de With y el Sr. Baró conserva ese sabor que el gran político y literato francés supo imprimirle.

Y vamos á hablar de la edición española.

El editor barcelonés Sr. Espasa tiene ya largos años probado su buen gusto, su inteligencia y acendrado celo por divulgar entre las personas cultas de España todo lo más saliente é interesante que se produce en el extranjero. Dejando aparte su inmensa labor en lo concerniente á las ciencias médicas, pues es indudable que ha nutrido de obras maestras las bibliotecas de los facultativos españoles, tiene en obras de puro recreo, como la soberbia edición del *Quijote*, acreditados de modo sobresaliente su alteza de miras y su esplendidez editorial. La *Historia de Francia* supera con mucho á todo lo anteriormente editado. Papel admirable, tipos claros y lujosísimos, elegantes láminas-fotgrabados, retratos y viñetas prodigadas con profusión inusitada en este género de libros. Tal es la edición que, aunque en rigor resulta de algún precio, esta dificultad desaparece por lo fácil y hacedero de la venta á plazos.

No debe existir en nuestra nación biblioteca de hombre que blasona de culto, que no contenga un ejemplar de tan hermosa obra.

LEYENDO UN LIBRO DE ANATOLIO FRANCE

«Gran casuista y gran teólogo... por la talla, la forma y la apariencia, era un monstruo.»

La fealdad, engendrando el odio á los bellos y á los perfectos, es una condición favorable para adquirir gran educación intelectual.

Cuando se tienen los ojos azules, rizado el cabello, gentiles los andares, persuasiva la palabra y rojos, húmedos y carnosos los labios, no se puede ser intelectual. Los ojos femeninos que miran lánguidamente, las sonrisas de exquisita voluptuosidad y los súbitos rubores que enrojecen las mejillas de jazmín, encendiendo el deseo, alejan de los libros. Cuando no se puede vivir una vida exterior es necesario forjársela interior con la ayuda de los libros.

El único consuelo posible de los deformes y de los mediocres, es el desprecio á los que solo sirven para lucirse bailando un vals ó galanteando en un parque, bajo la sombra acariciadora y amorosa de los grandes tilos.

Pero tal desprecio encierra en el fondo una íntima y desgarradora envidia; lo he observado muchas veces en los grandes certámenes: los triunfadores han llevado siempre en el alma una honda amargura; hubieran cambiado todos sus diplomas por ocupar el puesto de cualquiera de los imbéciles que en el público discreteaban junto á una hermosa.

En las mujeres este fenómeno se da con mucha mayor intensidad. No esperéis jamás oír nada interesante á las bellezas. Solo á los poetas les está permitido valer física y cerebralmente, porque su obra dála hecha la imaginación, la inspiración del momento. Si estáis junto á un microscopio y sabéis que os espera una mujer ansiosa de ahuyentar vuestras penas con besos largos y apretados, abandonareis el microscopio. Solo cuando tengáis la triste certeza de que nadie os espera, trabajaréis.

«Todos nos reconocemos en él, y cuando logra vencer, nos asociamos todos á su triunfo.»

A mí el triunfo de los castos me entristece porque nunca supe lograrlo. En este sentido, la vida de los santos es un verdadero sufrimiento que no puedo tolerar. Quisiera ser como ellos y por otra parte temo llegar á serlo. Santo, envidiaría á los pecadores; pecador, envidia á los santos. ¿Será que ninguno de estos estados es el que propiamente debe ocupar el hombre? Mucho lo temo. La bondad es demasiado analítica, el mal supone síntesis en exceso, y entre tales extremos no es tarea fácil el escoger. Los buenos perjudican tanto como los malos; es necesario un eclecticismo bien razonado para poder ser útil á los demás. Una crueldad enjendra á veces un día de felicidad, haciendo vivir en nosotros sensaciones hasta entonces desconocidas. Una mala é inmotivada calificación de uno de mis catedráticos, allá en los primeros años de la carrera, me hizo saborear por primera vez el placer de ser orgulloso en la intimidad de mi sentir. La victoria injusta de uno que yo creía de inferior capacidad llenándome el cerebro de vergüenzas, me llevó á vencer en una de las más difíciles tareas de mi vida escolar. Todo el mérito, pues, estriba en ser bueno para los malos y malo para los buenos. En toda existencia debe tenderse siempre á compensar el sentimiento preponderante, restableciendo el soñado y apetecido equilibrio que lleva á la dicha.

* *

«La más hermosa obra sólo tiene valor por sus conexiones con la vida.»

El arte no es nunca sino un estado de alma, que sólo los que en idéntica situación se hallen pueden comprender. En los demás casos sólo es una guía para poder interpretar la naturaleza. No debemos burlarnos de las pobres aldeanas que recubren sus formas con telas de chillones colores; su alma vibra perezosamente y necesita de fuertes é intensas excitaciones; el no pensar así es exponerse á que los murciélagos se burlen de nosotros, los humanos, que amamos al sol y no las grises tintas del crepúsculo en que ellos placenteramente

se sumergen. Un mí amigo intelectual refinado no puede oír un absurdo y despreciable pasodoble sin sentir llenársele de lágrimas los ojos. La razón es clara: oyéndole adquirió la certeza de que su *Elba* no le amaba. Conoce admirablemente toda la labor artística de Beethoven, y no obstante, éste nunca ha logrado impresionarle tanto como la ridícula marcha torera. Todo lo exterior, para provocar un estado emocional ha de ir unido á un estado interior. El ideal está en que la sensación adherente sea bella y de gran elevación estética.

* *

«Conserva los instintos que se creían perdidos.»

Esto es una equivocación lamentable; los instintos no se pierden, lo que hacen es evolucionar y perfeccionarse. Hay necesidad imperiosa, para ser lógicos, de reaccionar contra la idea de que el talento es superior al instinto. Ocurre todo lo contrario: el talento supone siempre una conquista intelectual reciente; el instinto es una cristalización del talento de nuestros antecesores. Es de esperar que, en épocas aún muy remotas, desaparezca el talento porque el instinto nos baste para llenar todas las necesidades intelectuales. Será un hermoso tiempo de paz y concordia. Quizás la cenestesia sea un comienzo del advenimiento del imperio exclusivo del instinto. Los antiguos filósofos, grandes observadores de sí mismos, nunca hacen referencia á sensaciones tan intimamente subjetivas. Hipócrates tiene un sinnúmero de aforismos en que habla del sueño, demostrando en todos ellos grandes análisis, admirablemente hechos, y no obstante, en ninguno de ellos se ocupa ni remotamente de nada que á la cenestesia pueda referirse. Los griegos, de retina más pobremente dotada que la nuestra, no apreciaban todos los colores que actualmente percibimos. Acaso en pasados tiempos el simpático no gozase de tan alto desarrollo como en los modernos.

* *

«... al verla se presiente que ha nacido una religión nueva entre el pueblo.»

No cabe dudarlo, el pueblo siempre ha de tener distinta fé religiosa que las clases elevadas de la sociedad. Allá en la Roma pagana, cuando delante de las más opulentas Cortes que el mundo ha conocido, danzaban hermosas mujeres cubiertas de blancas túnicas y en voluptuosas gasas envueltas, llenando las almas de lascivia, en la soledad de la noche, bajo la húmeda y sombría protección de las catacumbas, se postraban las gentes del pueblo ante una piedra cuadrada, de blanco lino cubierta, sobre la que se alzaba dulce y mística una tosca cruz de palo. Cuando el reinado de Luis XIV la aristocracia era católica, en los campos surgieron *los camirardos*. Ahora la nueva religión popular se llama socialismo. Todo esto tiene una clara y breve explicación: el pueblo va siempre tras el que le ofrece mejorar su triste condición. Antes se prometían dichas sin cuento para el cielo; ahora prométense poco trabajo y más jornal. Tales diferencias dependen tan sólo del espíritu que en el medio social reina; lo demás sigue igual. Las religiones han sido creadas para los esclavos, para los que sufren. El día en que las clases superiores se hagan socialistas, el pueblo se verá obligado á buscar una nueva y distinta orientación.

* *

«Si sólo hemos de vivir una hora, ¿á que preocuparnos de tantas cosas?»

Para entreténernos. La ciencia voy sospechando que sólo es un pasatiempo que los fuertes y los sanos de cerebro han ideado para hacer agradable la vida. No es posible negarles que han tenido un gran acierto en la elección. El investigar algún íntimo secreto de la naturaleza constituye un goce, en mucho superior á los demás de que disponemos para matar la cruel monotonía del tiempo. Un nuevo cultivo, una nueva reacción ó la contratación definitiva de un síndrome clínico, hasta entonces ignorado, vale más, mucho más que un salto de camonina sobre el tapete verde, una noche de embriaguez bien entendida ó una comida opípara; pero preciso es ser im-

parcial: menos, mucho menos que la suave caricia de los labios de la muy amada.

* *

«Si las mujeres tuviesen ojos, ¿cómo conseguiríamos explicarnos sus amores?»

Es demasiado grosera la aplicación para ser escrita.

M. B. LANDÍN

EL HOMBRE QUE BA- JÓ DEL CIELO...

(Fantasía burlesca)

I

En el invierno de 1890, por las vísperas de Todos los Santos, un acontecimiento insólito—de esos que hacen á mis compañeros de oficina decir pensativamente:—Es grave la cosa, la cosa es grave...—vino á interrumpir la perfecta uniformidad de mi vida burguesa, que hasta entonces se deslizara tan mansa y serenamente como una nube viajera en un cielo de verano.

Por aquel tiempo mi laboriosidad en el empleo que ocupaba en la Secretaría del Arzobispado, hiciérase notoria por todos los Círculos eclesiásticos ó farmacéuticos de la población, y hasta transcendiera, bien que fuese para deprimirme, á la pañería del Maragato—donde infortunadamente leíanse *Las Dominicales del Libre pensamiento*... El señor Provisor, que era harto inteligente en asuntos melódicos y que, como él acostumbraba á decir, sabía rascar un tanto la guitarra, ensalzara, con perifrasis mitológicas (de seguro escogidas la noche anterior en el *Appendix de diis et heroibus* que guardaba con escrupulosidad á la cabecera de su cama, para consultar prolijamente), mi pericia en el arte de Orfeo—que el secretario del Ayuntamiento, sujeto indocto en las artes liberales, confundió con Morfeo...

Digo que mi nombre era traído y llevado en aquella bendita época por las tertulias de la población, y así que llegó á oídos del señor

Arzobispo—Fray Victorino—la fama de mis buenas dotes, tanto filarmónicas como burocráticas, hizome llamar á su despacho y familiarmente púsome la mano en el hombre, reforzando esta prueba de cariño archiepiscopal y cardenalicio, con la siguiente frase, lentamente burilada en la soledad de su estudio, como supe después: «V., D. Raimundo, es un Hércules del papel sellado»; frase que yo en seguida apunté, bajando las escaleras de Palacio, en mi cartera de los días festivos, que estaba forrada en piel de nütria...

Todos estos prolegómenos son bien necesarios para entrar en materia. Yo quiero consignar aquí hechos, meramente hechos (*now what I want is facts*, ha dicho Dickens), y para ello he menester disertar—y más largamente debiera—sobre mi vida y obras. Y con el fin de que resalte lo extraordinario del caso, bueno será poner en claro lo vulgar de mi anterior existencia.—Así un glorioso timbre de armas más resplandece sobre una frente de villano...

Habéis, pues, de recordar que mi existencia había transcurrido tan en calma como pasa la breve jornada de un jilguero bien cuidado que todas las mañanas se calienta al dulce sol de las vidrieras, sorbe con avidez su jícara de agua fresca y devora el limpio alpiste que una cariñosa mano le preparó...

La mano que preparaba mi rico alpiste y hasta mi sabrosa jícara, era la bien rolliza y blanca de Doña María de las Angustias, á quien yo tenía por solícita patrona desde el año de 1884, en la octava del *Corpus*.

En mi vida de empleado no había ni bruscos infortunios, ni grandes júbilos. Todo iba en placidez y en bonanza, así como también en monotonía. Asistía puntual y cotidianamente á la misa de ocho, que decía en la Catedral el señor Prefecto de Ceremonias, con quien antaño me vincularan lazos de sincera amistad. No menos puntualmente presentábase en la Cámara eclesiástica—donde ya solía estar el fiscal diocesano fumando su aromático «Vuelta-Abajo».

Mi costumbre, acrisolada con los años, era rehuir los cafés y las tertulias *après-midi*;

más sí me instaban ofreciéndome valioso concurso, yo accedía, con la benevolencia que me caracteriza... Después de medio día retornaba á la oficina, y á la salida—que era en verano á las seis, á las cuatro en invierno—daba mi comentado paseo por la plaza Mayor, dirigiendo hacia el hogar mis pasos cuando ya se iban encendiendo los faroles.

Erame grato á la noche, tras un largo día de duro trabajo mecánico, arrancar, en el silencio de mi habitación, melodías plañentes y desconsoladoras al cornetín medio oxidado que de mi abuelo conservaba, guardado en lo más recóndito de mi baul, libre de profanas miradas, por no comprometer mi dignidad de hombre serio y administrativo, con pingüe sueldo de tres mil pesetas y buenas relaciones en las tertulias de los comercios que hay bajo los soportales.

Mi casa de huéspedes era en la solitaria rua del Villar. En aquellas horas nada turbaba el recogimiento de la callejuela, y mientras veía encenderse una á una, como lámparas de hospital, en la niebla enrarecida y flotante de la noche, las luces de la ciudad, yo procurábame el placer honesto de la música sportiniana, limpiando asiduamente con pasta «Amor» el borde del instrumento y poniendo delante de la lira el papel gastado donde destacaban las notas negras de las corcheas y de las fusas, así como los borrones oscuros de los compases de silencio, en tanto que sentía moverse por la cocina, con pachorra y pesadez aplomada, la masa de carne de Doña Angustias, que rumiaba silenciosamente el eterno despecho que, por mi desgracia, siempre concibiera y en hartas ocasiones declarara con desabrimiento, contra aquel mi solaz artístico, bajamente artístico...

II

Aquella noche yo había encendido mi velón de aceite antes que de costumbre, porque llovía y ventaba recio, y meditaba pasar la velada entregado á mi placer favorito—y al partido de lotería que, por deferencia á Doña Angustias, veíame obligado á jugar todos los

jueves y domingos del invierno en el comedor, bajo la luz amorosa y familiar de la lámpara cubierta con pantalla de papel verde...

Aunque la noche anterior Doña Angustias me reprendiera con acritud, yo proseguía en mi clandestino concierto con una asiduidad que ya iba desconsolando á la paciente matrona—*patiens ut ego aeternus*...

Hallábame afinando el agradable cornetín cuando acertaron á sonar en mi puerta dos golpecitos suaves, dados, sin duda alguna, con los nudillos de una mano débil y temblorosa. Abrí con indecisión la puerta; sorprendido como estaba ó, por mejor decir, incomodado con aquella visita intempestiva que venía á importunar de tan extemporáneo modo las más felices horas que en mi pacífica vida se contaban desde largo tiempo atrás, desplegué al abrir una furia inusitada en mi genio apacible.

Tropecéme con un hombrecillo ruin, amojamado, endeble, de semblante rugoso como una mascarilla roida, de nariz respingada, sobre la que cabalgaban unos penetrantes lentes azules; labios gruesos y carnosos como los bofes de un buey, y en el mirar un rasgo tal de cansancio y dejadez, que parecía como si hubiese salido de una tumba donde morara luengos siglos. Con voz cascada como la de un centenario, saludóme indefiniblemente, pero en tono de familiaridad tan suelta, como si un acendrado compañerismo nos tuviese unidos por largos años.

Yo retrocediera espantado á vista de aquel visitante ignoto y raro; mas recobréme, porque, en verdad, aquello no tenía nada de maravilloso ni sobrenatural; era para mí tan vulgar como el acudir todas las mañanas á mi querida Secretaría. Prevalido de mi osadía—que yo confirmé no acudiendo al auxilio de mis devotas imágenes, como solía en casos tan graves de aflicción,—el sujeto inválido dirigióme la palabra.

—Yo venía aquí, señor D. Raimundo, á ponerme á sus órdenes para conducirle al planeta Saturno...

Yo, desconcertado, á poco estuve de no dar con mi cuerpo en tierra. Vacilé, mas re-

púseme con la dignidad que conviene á un empleado de doce mil reales.

—...Al planeta Saturno, región de las Ocho Lunas, distrito de las veinte Estrellas, donde le espera con ansia el alma de su hermano en profesión y antiguo compañero D. Celedonio de la Riba...

Retrocedí más espantado, sintiendo una opresión de miedo como si aquel nombre hubiese quemado los labios del hombrucho, incandesciéndolos cual el carbón de Isaías. En aquel momento dudé; dudé si tendría ante mí la figura del Espíritu Infernal, y acudí entre mí á la protección gloriosa de Nuestra Señora del Carmen. Aquel nombre que había pronunciado era el de mi excelente amigo D. Celedonio, que fuera como yo cofrade vitalicio en la hermandad de los Dolores. El terror de representármelo desterrado en las concavidades desconocidas de un planeta ajeno, demudóme el semblante, y no me erizó los cabellos porque yo tenía la santa y casta costumbre de ablandarlos y pulirlos todas las mañanas con aceite de almendras...

—Pues bien—continuó tranquilamente el varón respetable, clavando en mí sus lentes azules,—el planeta Saturno, en la región de las Ocho Lunas...

Dí dos pasos atrás, abrumado bajo el exotismo ostentoso de aquellos nombres, retumbantes y augustos como una voz de mando en los viejos ejércitos romanos...

—En la región de las Ocho Lunas—expuso el sujeto con inmutabilidad seria é imperativa,—en el distrito de las Veinte Estrellas, en el círculo de los Cuatro Satélites, en el radio de los Catorce Aerolitos, donde pena el alma y el cuerpo de su antiguo compañero...

Yo, católico de verdad y de corazón, miembro de varias cofradías, amigo de vastos eclesiásticos ejemplarísimos, no creía—dicho sea sin rubor—que las almas cristianas pudiesen penar en otra parte que en el infierno ó en el purgatorio cuando tenían culpas que purgar.

Así que aquella herejía sonora y descarada indignóme, inflamándome el pecho en ese santo fuego que ha de arder—decorosamente—en el alma de todo fiel hijo de la Iglesia...

Mi espanto y mi sorpresa fueron en aumento ciertamente. Quiero consignarlo aquí para mi mayor honra y gloria. Aquellas profesiones de fé contrarias á la fé cristiana exaltáronme tanto como me impusieron.

Miré con fijeza al hombrecillo, y como que me tomó un vago miedo de su figura desgarrada que se hubiera dicho salida de algún antro cavernoso de gnomos. Mas luego me repuse, y decidiéndome á ser resuelto, contestéle con desenfado:

—Entonces, V. ¿de quién viene enviado, hombre? ¿El señor D. Celedonio tiene el honor de ser su amigo?

—Favoréceme con su amistad ultraterrena y suprasensible...

Aquellos tecnicismos metafísicos á los que el grave varón añadía la concisión severa de su palabra, atemorizáronme como si el verbo de Manuel Kant hablase por su boca... Y como yo no guardo ningún enojo injustificado á mi lejano curso de Psicología, Lógica y Ética en el bachillerato, dispúseme á escuchar con complacencia una larga tirada de términos tan inmanentes como aterrorizantes...

Pero el hombre, prudente, no juzgó digno cargar mi intelecto de abstrusos conceptos, cortés, cedióme la palabra. Yo decliné el honor, por urbanidad; mas proseguí con énfasis desentonado...

—Bien; célebrole... mas oiga: ¿el señor vive en esa región que hace poco nombró? ¿Y vive en cuerpo y alma? ¿En cuerpo y alma reales?

—Ciertamente...

—Y bien, ¿gózase allí, ó que se hace? El alma de D. Celedonio ¿por qué parajes ronda?

El hombre ruin rió con desaliento ante la supina ignorancia de las leyes psíquicas que desplegaba con imprudencia este mortal, que soy yo: yo, funcionario en la Secretaría del Arzobispado, con grandes relaciones en los vastos comercios de la plaza Mayor...

Suspiró discretamente, afligido y acomodando los lentes sobre la nariz. Yo conturbéme más y más con aquellos desdenes del sujeto, que ya me pareció desde entonces ser mensajero del enemigo malo... Y retomando mis bríos de católico y de español, repliqué

con denuedo á las gentilezas incrédulas del galán.

—Yo soy católico, apostólico, romano, como lo acreditan mi fé de bautismo y las imágenes piadosas que ahí vé...

Y señaléle la cabecera de mi púdico lecho, donde colgaban piadosos cromos y litografías descoloridas de la Virgen Santísima y del Patriarca San José.

El hombre vaciló, curvándose sin embargo con respeto ante aquella manifestación escandalosa de mis creencias y devociones. Yo proseguí, con empuje y con aspereza:

—Como católico, creo en todo lo que cree mi Santa Madre la Iglesia. Creo, pues, que hemos de resucitar en cuerpo y alma, y esas inmundicias de la transmigración y otros equívocos no me tocan ni en la puntera del zapato...

Y con vehemencia verdaderamente bélica, haciendo retroceder al sujeto, que quedó varado en el dintel de la puerta como un bergantín viejo en una roca dura.

—Impiudades en mi casa, no las consiento... ¡Caramba!...

III

Encontréme súbito caminando por una vereda larga y desolada, que árboles crecidos bordeaban y fuentes ocultas adormecían. El hombre que me trajo el recado de Saturno iba junto á mí, hosco y mudo. En el silencio de la calleja, yo sentía el trepidar de sus botas claveteadas que golpeaban rudamente los guijarros. A intervalos, yo escuchaba sobre mi cabeza el vuelo agitado de los cuervos, y la estridencia de sus graznidos más me henchían de aquel terror inerte y frío que me iba silenciosamente minando; en el horizonte lucía una alborada clara, y fué entonces cuando conjeturé que habíamos caminado durante toda la noche por ásperas sendas. Larga y monótona como un calvario fué nuestra jornada por caminos tortuosos que yo nunca viera. Al anoecer encontréme en la cumbre de una alta montaña. Divisábanse desde aquella eminencia reinos y ciudades, que me aparecían tan pequeños como un hormiguero esca-

lando las bajas colinas—que así eran á nuestra vista lo que los hombres llaman elevadas cordilleras;—caminos pedregosos retorciéndose y trenzándose como las astucias de la serpiente enemiga; de frente, yo tenía grandes territorios poblados; lagos, pantanos y mares adormecidos é inmóviles como inmensas láminas de plata y de cobre; torres y edificios insignificantes como piezas de ajedrez; á nuestra altura vagaban manadas de nubes espesas como vellones, hileras de nublados compactos y oscuros que se cernían amenazadores sobre las ciudades ó se disolvían en fuertes aguaceiros sobre los campos áridos; en los confines del horizonte, la masa torva de una tempestad congregábase sobre unas sierras, y á nuestros pies bramaba un ronco mar de hielo...

El espectáculo era imponente—y bastante más lo había de ser para mí, pobre empleado de provincias, bien poco acostumbrado á estas grandes escenas del Cosmos... Sentíme exiguo en aquella inmensidad de magnificencias, y reclamé con voz apagada el socorro proficuo del señor obispo Fray Victorino...

Pero el hombre de los lentes azules, tomándome suavemente de la mano, invitóme á emprender en su compañía una excursión intrépida, aunque rica en sabrosas peripecias, á las cavidades más recónditas del planeta Saturno, allí donde se encontraba el alma de D. Celedonio, mi antiguo hermano de cofradía. . . .

Subíamos por una escala de seda como hecha con carne de ángel y con leche de los manantiales de la gloria... A mí, gran amigo de los símiles bíblicos, parecíame la escala de Jacob...

No sé cuánto tiempo caminamos por aquel dulce sendero. El sujeto taciturno iba á mi lado sin hablar; sus lentes azules, más y más se esfumaban en la claridad de aquellas regiones donde refulgía una aurora eterna. Marchábamos con lentitud; nuestros pies se deslizaban insensiblemente sobre el terreno; por todos lados nos circundaban fulgores magníficos y maravillosos, poniéndonos en la figura nimbos de oro brillante; siempre reinaba el día, y los lentes azules de mi compañero

taciturno, más y más se hundían en la claridad celestial que florecía en aquellas alturas como una planta exótica, esfumándose, emblanqueciéndose...

Un anochecer halléme en una ciudad, que era inmensa y que era misteriosa. En el cielo, muy azul y sereno, esplendían prodigiosamente ocho grandes Lunas, sobre los ocho puntos del horizonte, gloriosas y lumíneas como una aparición arcangélica. Toda envuelta en la claridad lechosa, la ciudad dormía. Las casas eran altas, sencillas y majestuosas, brillando como escudos de plata... Por las calles discurrían algunos hombres gigantes, desnudos, enteramente desnudos, haciendo más hermosa su desnudez atlética el fulgor argentino de las Ocho Lunas...

A uno de ellos hasta le encontré vagos parecidos con un lejano pariente mío obeso, que muriera de apoplejía en las vísperas de Navidad del año 50... Todos me saludaron muy afectuosamente, riendo entre sí, á lo que yo podía comprender, de mi bajeza física. Yo sentíame tristemente ruborizado ante aquellos hombres forzudos y agigantados... Contáronme particularidades de su planeta que fuera prolijo narrar aquí. No se conocía la sensualidad; los habitantes vivían desnudos, castamente desnudos, sin pensamientos terrenales, atentos solo al culto del Muy Alto. En aquellos olvidados mundos no había entrado lo que los terrenos llaman civilización; mas vivía se en santa paz y concordia, sin guerras, sin envidias, sin mezquindades... Todo iba tan sereno como el curso de los astros en la infinidad del espacio. Ni un pensamiento impuro mancillaba sus almas, ni un deseo degradante ocupaba sus corazones. Las ciudades eran alegres y tranquilas, como mármoles antiguos; los hombres que las ocupaban vivían risueños y amigos como viejos patriarcas de tribu. Hicieronme grandes encomios de la belleza de sus tierras, de la fertilidad de sus pastos, de la riqueza de sus ganados... Hablaban en lenguaje terreno, pero dando grandes gritos, como hombres despavoridos y amedrentados...

El sujeto taciturno de los lentes azules seguía mirándome risueño, plácido...

IV

En *El Clamor de Galicia*, periódico que se publica bisemanalmente, apareció ha días, bajo el título satírico de *Nuevo Cyrano*, un artículo firmado con el nombre de un acreditado periodista local, artículo en el que se denigra bajamente mi nombre con ocasión de las memorias que yo publiqué tituladas *Viaje á Saturno en una noche*, escritas con cierta soltura y donaire de pluma, que me parecieran bien dignas de tenerse en cuenta. En ese suelto se deja muy malparada mi personalidad pública de funcionario eclesiástico. Dícense cosas horrendas de mi humilde persona, y hasta se implora el auxilio de las autoridades «para que nos ayuden en la obra laudable de desenmascarar farsantes que trafican con la pluma.» ¡Eso de farsante es grave! Yo, ante calificativo tan opresor, créime obligado á protestar. Hé aquí mi protesta leal y honrada. En mi vida privada hay amarguras, pero ninguna me es tan dolorosa como ese adjetivo infame. Juro, pues, bajo la fé de mi palabra honrada, que en mi *Viaje á Saturno* (que yo doy al público, comprimido como aquí lo veis) no hay broma, farsa, ni engaño... Ni yo soy hombre que tan fácilmente me «morfine», como dice el ilustrado é insultante periodista, abusando de los neologismos con una imprudencia que pasma...

MARIO DE ALBA

LOS GRANDES POE.

TAS.—MANZONI.

(Conclusión.)

La lucha de la nueva escuela literaria que Manzoni comenzó contra las severidades clásicas y académicas debía llevarle muy lejos y grangearle animosidades y antipatías de los literatos y críticos, enamorados entonces de la forma anacrónica. Él no se dejó abatir por el encarnizamiento de sus enemigos y continuó su labor, apartado de las luchas mezquinas con que se le brindaba, fijo sólo su elevado espíritu en el augusto altar de la belleza.

Sus obras el *Cinque de Maggio* y *Spartaco* no le entretuvieron más que poco tiempo y pudo madurar su obra inmortal publicada en 1827, su gran libro *I Promessi sposi*.

Hay en cada país un léxico modelo. En él aprenden las generaciones el idioma patrio mejor que en gramáticas y retóricas. Sin que tenga la lectura el obligado deber del estudio, encuentra en esos libros la juventud, al par que honesto recreo, instrucción filológica, sabrosa y productiva. Son como los cuentos históricos que la madre recita junto al hogar en invernales noches y que no tienen la aridez escolástica de la lección de historia. Posee Francia las *Aventuras de Telémaco*, en las cuales, el abad Fenelón derramó á manos llenas los tesoros de la lengua de Racine y de Pedro Corneille, y cuyo libro, lo mismo dió instrucción á los príncipes de la prolífica y orgullosa estirpe borbónica, que á los villanos de escondidas aldeas bretonas ó á los modestos seminaristas de los colegios franceses; tenemos nosotros nuestro inmortal *D. Quijote de la Mancha*, modelo de inacabables perfecciones, y de cuyo primor en el lenguaje nadie puede dudar, ya que ninguno llegó después de cuatro siglos á igualarle siquiera.

Los italianos tienen *I Promessi sposi*, que es el *Telémaco* y el *Quijote* de su tierra; «*Lingua toscana in voca romana*» dicen para espresar la perfección absoluta del idioma italiano, y en rigor, si un literato romano lee en voz alta el libro de Manzoni, habráse realizado el réfrán antedicho.

La verdadera obra de arte, la que ha de immortalizar á su autor proclamándole genio, traspasa pronto las fronteras del suelo que la vió engendrarse y nacer. El libro de Manzoni, muy castigado por la crítica de su época, no sólo traspasó en breve los vallados de la nacionalidad piamontesa y el milanesado, sino que primero en toda Italia y pronto en toda Europa, fué proclamado como creación extraordinaria del arte, como fruto de un ingenio sazonado y maduro y como verdadero modelo del idioma.

No hay biblioteca de hombre culto en la que no campee un ejemplar de *I promessi sposi*.

Libros, folletines y revistas han publicado en todas las lenguas la hermosa labor de Manzoni, de quien tan orgullosos, y con razón, se sienten los italianos. Al lado de los grandes genios de la poesía y de la novela, de los pensativos alemanes como Goethe, Koerner y Schiller; de los impresionables franceses, como Lamartine y Víctor Hugo; de los fantaseadores ingleses, como Swift y Dickens, la Italia coloca su obra maestra de la literatura junto á los versos de Leopardi y de Carducci.

No es solo de admirar en *Los novios* la perfección absoluta y lo castizo de la lengua toscana; modelo, como dije más arriba, es la obra que nos ocupa. Hay que analizar también las soberanas bellezas que contiene y asimilárselas con la lectura para recreo dulce del espíritu.

Las soberbias descripciones del lago de Como y de las aldeas del milanésado, poéticas y tranquilas en aquella época de la gloriosa dominación española en tierras italianas: sus soldadotes mercenarios, sus *bravi*, semejantes á nuestros actuales matones de taberna, que por un daca las pajas sacaban á relucir la enorme tizona y amedrentaban á los sencillos y dominados habitantes de los pueblecillos alpinos; la hermosa figura del virtuoso clérigo, aquel D. Abbondio, aterrado por las amenazas del gran señor y no accediendo jamás á unir en matrimonio al enamorado Renzo con la bellísima Lucía; el gran figurón de D. Rodrigo, en el cual se satiriza con finura al caballero fanfarrón de siglos pasados, cuya omnipotencia se deja sentir, y más entre las gentes pobres; el sabor de época que respira todo el libro y que puede compararle á las mejores novelas históricas; la romántica odisea de los novios, siempre enamorados y sin lograr jamás el fin de sus ansias por la terrible persecución de que son objeto, égloga poética como una balada del Norte, y por fin, la tremenda descripción de la peste, que pone espanto en el alma mejor templada y que los naturalistas y positivistas actuales pudieran tomar como hermoso modelo para sus más decantadas obras. ¡Todo este conjunto de bellezas incomparables constituyen la gran labor que llevó á

Manzoni á los más elevados sitios de la gloria y el renombre!

Después de tanto laurel conquistado no escribió el poeta mucho más. La edad madura, la viudez y el matrimonio de sus hijos detuvieron aquella pluma incomparable, y solo algunas *cartas*, verdaderos monumentos epistolares, publicó dirigidas á políticos ó á literatos, expresando en ellas sus opiniones acerca de graves asuntos relacionados con el idioma patrio, con la literatura general y sobre todo con su eterno sueño, la unidad de la patria. Este pensamiento fué el móvil de su vida; y en sus versos campea siempre como estandarte la idea de la libertad:

«*Liberi nom sarem, se non siam uni*»

dice en una de sus poesías, y esta frase suelta simboliza sus aspiraciones de siempre. Quería ver á Italia gran nación, poderosa, formando parte de los conciertos europeos; península limitada por los Alpes, por el Adriático y el Mediterráneo, con su robusto costillar formado por los picudos Apeninos y jugando, en forma de pié bien calzado, con la hermosa isla de Sicilia. Quería que las huellas de los extranjeros, desde la coronilla de Aragón y los sombríos Austrias españoles, desde los austriacos y las huestes imperiales napoleónicas hasta el avispero de reyezuelos, grandes duques, repúblicas pequeñas y hasta el reino clerical y anacrónico de Roma, se borrasen al mismo tiempo y desaparecieran de una vez al soplo de una dinastía fuerte y vigorosa que convirtiese en simples provincias de un gran Estado los ridículos tronos que dividían un país hecho único por la Naturaleza. Creyente viejo y religioso profundísimo, enamorado de Jesús y de la Virgen, tenía el convencimiento de que el Santo Padre, superior por su grandeza y representación á todos los soberanos del mundo, jefe ideal de tantos espíritus, regularizador de millones y millones de almas inflamadas por la sublime fe, no debe descender á nombrar gobernadores de provincia y alcaldes de barrio con la misma mano que ostenta el anillo del Pescador y sobre la cual desciende en rayos luminosos el aliento de Jesucristo. En estas ideas le acompañan infi-

nidad de cristianos, no aquellos que esperan del poder temporal su medro particular ó cifran en él ilusiones puramente terrenas y nada ideales ni levantadas.

Manzoni realizó sus ensueños breves años antes de su muerte, que fué el tranquilo tránsito de un alma pura; vió en el Capitolio romano la bandera de la unidad de gules plata y sinople; los héroes y los mártires de la libertad italiana le saludaron y coronaron su calva frente colocando el laurel inmortal sobre los hilos nevados de sus venerables cabellos.

Fué el primer poeta de un mundo libre.

MARTÍN ORTEGA

NOTAS MÉDICAS

Profilaxia de las enfermedades mentales

El estudio minucioso de los cuadros clínicos y la determinación cada vez más precisa de las causas susceptibles de engendrar las enfermedades mentales, van haciendo posible en nuestra época la realización del acariciado sueño de prever y evitar la aparición de tales dolencias.

Siendo uno de los principales agentes morbosos que la producen el alcoholismo, es lógico esperar que bien pronto los delirios alcohólicos comiencen á decrecer en número, merced á las medidas legislativas que en todos los países cultos se van tomando y á la activa propaganda emprendida contra el *peligro alcohólico*.

Algo muy semejante puede decirse de la parálisis general, contra la que desgraciadamente tan poco han podido, hasta ahora, los recursos terapéuticos de que los médicos disponen. Sabiéndose como se sabe el importante y trascendental papel que en su aparición juega la sífilis, desde luego debe incluirse de un modo decisivo entre las enfermedades, ya que no curables, si francamente evitables.

Uno de los medios que puestos en juego con discreción y firmeza tienen más valor para la profilaxis mental, es el impedir todo casamiento entre degenerados ó individuos de

herencia psicopática, ya sea esta directa, atávica, semular ó desemejante. Claro es que en tales luchas, el vencido lo será muchas veces el médico, dados los actuales exclusivismos sensuales y los inevitables egoismos de la pasión, pero bueno es que ya comience el vulgo á ver en el casamiento un problema de más elevada índole que la carnal ó la puramente afectiva. La especie principia á decaer y es necesario que los humanos hagamos cuantos sacrificios se nos exijan en nombre del interés de su conservación. Renunciar á la mujer amada, al único goce capaz de hacer deseable la vida, por el bien de los demás, ese será el heroísmo de los tiempos que se avecinan y en los cuales ya no lucharán los hombres unos con otros, sino con sus pasiones, instintos y voliciones.

En la educación hay otro remedio sorprendentemente útil: deben evitarse á los niños los grandes esfuerzos cerebrales, el agotamiento de cualquier naturaleza que éste sea. En tal sentido, sumamente conveniente es llamar la atención de las familias hacia un género de fatiga en que los padres aún no parecen haberse fijado todo lo que el caso requiere; refiérome al cansancio moral originado por regaños, disgustos y vejaciones, á que los niños son en alto grado sensibles. Todos esos estados psicológicos, aunque aparentemente solo tengan la duración de un momento, dejan en las almas infantiles hondas huellas, imborrables, que imprimen ya de un modo definitivo cierta orientación perjudicial al espíritu, engendrando una perniciosa y deplorable desconfianza en sí mismo, que siempre termina por producir desastrosos efectos.

No debe trabajarse en las primeras edades de un modo constante y monótono, ya que la atención es un estado mental que repugna al alma. Los ejercicios al aire libre, bajo el azul bondadoso del cielo, envueltos en el aire sano que en los campos corre, es el mejor tónico de que puede disponerse.

Mucho más difícil tarea es la educación mental. Durante la infancia debe ocultársele al educando todo lo que de lejos ó cerca pueda relacionarse con la literatura. La historia na-

tural, la física con sus experimentos y la geografía, deben ser el único alimento intelectual. En caso de observarse en el infante una bien delineada y marcada orientación hacia los terrenos del arte, no reaccionando su labor intelectual en ningún otro sentido, caso por desgracia bastante frecuente, se elegirán las artes plásticas, nunca la música.

La edad de la pubertad y los años que la siguen, constituyen para los predispuestos el período crítico de la vida. Reglaméntense las funciones genéricas, destiérrense en absoluto los excesos alcohólicos y el peligro estará salvado.

Otra dificultad estriba en la elección de carrera. Es doloroso, pero debe pregonarse. Todo individuo en el que un alienista experto presenta un *predispuesto*, debe renunciar á la lucha por el nombre y por la gloria, conformándose con la vida plácida, modesta é ignorada de una oficina ó de un comercio en pequeña escala. Los mostradores y los pupitres son admirables sedantes, en los que acostumbrándose, la existencia se desliza dulcemente, llenando de dichas las horas. El secreto de la felicidad está en adoptar un ritmo.

Deslindadas tan perfectamente como ahora lo están las relaciones entre las infecciones y las autointoxicaciones con el delirio agudo y la confusión mental, no cabe dudar que en la antisepsia interna ó externa tenemos un excelente medio preventivo.

Sobre las psicosis que menos influencia podemos ejercer, es desde luego sobre las de origen constitucional. No obstante, un régimen científicamente razonado podrá en muchos casos lograr el triunfo admirable de que todas aquellas morbosidades psicológicas no hagan explosión.

De todo esto se deduce, una vez más, que no se halla ya muy lejana la época en que el papel más importante del médico esté en los períodos de salud completa. Esto exigirá que el médico sea siempre el mismo para cada familia, con el fin de conseguir á fuerza de observación profunda y detallada, el conocer los temperamentos, idiosincrasia y modalidades de cada individuo en particular, datos sin

los cuales ningún tratamiento puede lógicamente ser instituido.

DR. F. DE CASTRO

CIENCIAS NATURALES. EL ORNITORINCO PARADÓGICO.

Entre los diferentes seres orgánicos que pueblan nuestro globo, desde los infusorios de organización más sencilla y menos compleja, hasta el hombre, conjunto de toda perfección en la escala zoológica, es de fijo el más interesante por su extraña constitución un huésped de los ríos australianos, el ornitorinco. Su nombre científico lleva por apellido que le distinga el de «paradógico», pues efectivamente tan extraño animal es una paradoja viva, una distracción del Creador ó capricho suyo al dar el soplo de vida y con él la aptitud de reproducción al más extraño de los mamíferos terrenales.

Tiene cuerpo de núpria, con piel cubierta de pelos; piernas que más bien parecen las extremidades de una foca ó perro marino; en ellas ostenta espolones de gallo, y sus dedos están unidos por una membrana interdigital, como la de las aves palmípedas; lo más extraordinario de este ser, parecido á un castor ó á un topo, es que en lugar de boca tiene pico, un ancho pico de ánade que le sirve para buscar su alimento entre los limos y ciénagos de los ríos de Nueva Holanda.

¿Puede darse conjunto más heterogéneo? ¿Puede la Naturaleza reunir en otro ser, por su egregia voluntad, nada más vario y nuevo?

El sabio naturalista inglés Mr. Bennett hizo espresamente un viaje á Australia, con el solo fin de observarle, en 1832, y volvió de nuevo al continente oceánico en 1838, persiguiendo siempre el estudio detallado del ornitorinco. A su obra publicada en 1860 deben los naturalistas modernos todos los datos que se refieren al extraño habitante del continente del Pacífico, pues el animal, casi imposible de reducir á la domesticidad y muy

difícil su caza, y por consiguiente el obtenerlo disecado, es una verdadera rareza en las colecciones y museos de Europa.

El área de distribución del ornitorinco es muy limitada. No se encuentra en otro punto del globo que en el continente australiano, y á pesar de las investigaciones de los naturalistas en Africa y en América, en latitudes equivalentes y que pudieran ser prósperas á la vida del monotremo, no ha podido hallársele. Vive en las costas orientales de Nueva Holanda, en los ríos y aguas tranquilas de la Nueva Gales del Sur. No se le halla tampoco en otras comarcas australianas.

Se le ve habitualmente en los remansos en que las aguas permanecen casi inmóviles, y elige los sitios en donde crece abundantemente el follaje que ha de servirle de alimentación, con los insectos y anélidos que afanoso busca en la charca. Fabrica su vivienda practicando galerías en la tierra, alguna de más de seis metros de longitud, y las tapiza de hojas y ramaje seco; el agujero de esta guarida suele estar siempre á flor de agua, y así el animal al sumergirse puede librarse fácilmente de sus perseguidores.

Durante mucho tiempo dió lugar á grandes dudas el mecanismo de su reproducción, pues interrogados los indígenas de las comarcas en que vive el ornitorinco, no estaban acordes. A Mr. Bennett se debe el conocimiento exacto de sus medios de perpetuación. Muchos australianos creían firmemente que el animal estaba organizado como las aves, poseyendo cloaca y poniendo huevos; sostenían otros el parto de la hembra. Bennett pudo á fuerza de trabajo apoderarse de varios ejemplares vivos y asegurar que su reproducción era semejante á la de todo el grupo zoológico, si bien halló atrofiadas las glándulas mamarias de las hembras y por consiguiente la lactancia en un estado muy rudimentario.

Ha sido imposible conducir á Europa ningún ornitorinco vivo. El citado naturalista lo intentó en repetidas ocasiones ensayando la domesticidad y teniendo para estos mamíferos los cuidados más afectuosos y solícitos. El que vivió prisionero más tiempo no duró treinta

días, y ha sido preciso renunciar á poseer ejemplar tan apetecido, que ni el Jardín de Plantas de París, ni el Museo Zoológico de Londres han podido conseguir.

Los australianos comen la carne del ornitorinco á pesar de su desagradable sabor á pescado de cieno. No utilizan su piel para ningún uso doméstico, y siendo el salvaje del continente Neo-Holandés, según los antropólogos, el más imperfecto y miserable de todas las razas humanas, se comprende que tan repugnante animal les sirva de alimento, pues hacen uso para nutrirse de los roedores y ofidios más inmundos.

Hemos querido dar á conocer á nuestros lectores este contrasentido viviente, esta paradoja de la naturaleza, mezcla de ave, pez y cuadrúpedo, en el que quiso el Creador amalgamar los caracteres de todos los grandes grupos de clasificación zoológica.

V. CALVO-ACACIO

CONFERENCIAS, POR

EMILIO CATARINEU.

¿Concebís, lectores beneméritos, á todo un señor juez de instrucción, ahito de cuestiones y discusiones legales, sepultado bajo un turbión de providencias, autos y sentencias, preocuparse de las cuestiones sociales, analizarlas, estudiarlas con verdadero interés y difundiendo los frutos de sus talentos y vigiliando entre la gente del campo, tan limpia como necesitada de cultura general? No le concebís; estáis acostumbrados á conocer funcionarios de esta clase que no cumplen más deberes—si los caciques dejan que los cumplan—que los de su profesión, y que una vez cumplidos mecánicamente, ó bien reanudan las partidas de tresillo en casa del depositario de la fé pública extrajudicial, en la rebotica ó en casa del escribano, ó bien cogen el Kodac y se marchan aburridos y maltrechos á retratar por vigésima vez panoramas, fuentes, rocas, grupos de gañanes ó damiselas de la población. Hay otros que solo están en el distrito

judicial el tiempo necesario para despachar sus asuntos, después... levantan el vuelo hacia las grandes urbes próximas, aunque solo sea por breves horas.

Funcionarios émulos de Schultre, que después de manosear Códigos, Alcubillas y sentencias del Supremo, preparen una ó varias conferencias acerca de las múltiples cuestiones sociológicas que preocupan á la humanidad, hay que buscarlos por lo general fuera de España, donde no impere la gran pereza, donde se halle el ambiente libre de esa niebla enervadora que agosta en nuestra patria las más claras inteligencias.

Por eso entre los varios libros que hay que hojear para que parte de su jugo quede entre las páginas de esta REVISTA, elegimos este sugestivo folleto en cuyas cubiertas se leen los temas de las conferencias: *Las asociaciones científicas y sus fines* — *La enseñanza de la mujer y del obrero*. — *Deberes sociales de la mujer para con la humanidad, la Patria y la familia*. — *El problema obrero y las Asociaciones de trabajadores*.

Temas importantísimos, más difíciles de exponer cuanto más ayuno de ellos está el público que los escucha. Por eso á través de las páginas del interesante folleto del Sr. Catarineu, se adivina una cultura sólida, vasta, bien digerida, la necesaria para dar á las multitudes la quinta esencia, el jugo de los conocimientos adquiridos, revistiéndoles al propio tiempo de atrayente amenidad. Donde más admiramos los talentos al gran Echegaray, es en esos artículos de vulgarización científica, que deleitan y entretienen aún á los que están más distantes de los conocimientos que se divulgan, y es que las águilas, por mucho que levanten el vuelo, siempre se las vé; no así los humildes nevañelas, que si se pierden de vista, débese más á lo exiguo de su tamaño que á la potencia de sus alas. Con libros y tiempo fácilmente se deslumbra á las multitudes; lo difícil es hacer la síntesis asimilable de los conocimientos adquiridos y exponerlos de modo que despierten dormidas ansias de cultura.

Los que asistimos á las conferencias que

hoy imprime, tal cual las dijo, el Sr. Catarineu, hemos visto á centenares de labradores oirlas con atención admirable, con interés creciente, como si en lugar de tratarse en ellas de hondos problemas económicos, educativos, sociológicos, narrase singulares aventuras ó leyese alguno de los capítulos de las *Mil y una noches*.

Su decir es sobrio, reposado, castizo, propio del jurisconsulto que informa convencido ante un severo tribunal; no distrae al auditorio mentándole doctrinas ajenas, sino que dá la propia opinión lisa, llanamente, tal cual la formó después de largas meditaciones y prolongados estudios; no pretende el señor Catarineu, como muchos oradores, ocultar con percalinas chillonas flaquezas de concepto y faltas de investigación, sino que da la pura substancia del tema, dejando adivinar que cuanto dice solo es un enunciado de lo mucho que podría decir si en lugar de dirigirse á personas relativamente incultas, lo dijese en Ateneos ó Academias.

De esta manera, sacrificando siempre con modestia digna de un sabio la propia satisfacción, el entusiasmo del hombre de ciencia, el éxito general de sus estudios al fin propuesto y á los resultados inmediatos, ha conseguido dirigir el espíritu de una gran población y aún de pueblos limítrofes hacia los problemas sociales, hasta el extremo de sacar de su atonía egoísta y cruel á las personas cultas, inculcándoles el amor por uno de sus principales deberes sociales, cual es el relativo á difundir la cultura entre los olvidados trabajadores agrícolas. Los trabajadores agrícolas, antes indiferentes á todo lo que no fuese trabajo y producción, y hoy, gracias al Sr. Catarineu, ansiosos de que se barran por entero las tinieblas de su ignorancia.

Las ventajas de la asociación que educa, dignifica, une, deleita é instruye al obrero, las han visto estos prácticamente al fundarse asociaciones que, como el Círculo Científico y recreativo de Carlet y el Casino-Escuela de Alcudia, matan políticos antagonismos y reunen para el bien y la verdad á la clase trabajadora.

Gracias á las asociaciones se fomentan los intereses materiales de los pueblos agrícolas, ya buscando el agua bienhechora, varita mágica que convierte en vergeles cuanto baña, ya matando los abusos de la especulación mercantil y de la usura por medio de cooperativas de producción, venta y consumo, de las Uniones mútuas sistema Schubze-Delitzsch, cajas Raiffeisen, Bancos populares, etc.

Al propio tiempo que el Sr. Catarineu procura con sus trabajos de propaganda liberar al obrero de la esclavitud económica, dándole medios para que pueda trabajar con fruto y ahorrar sin grandes sacrificios, hace extensivas sus nobles y generosas ansias de bienestar social á la mujer, recordándole cuáles son sus deberes sociales, sin incurrir en las exageraciones feministas que tienden á enmendar á la misma Naturaleza.

¡Lástima grande que el folleto del Sr. Catarineu no circule más! Trabajos de esta índole merecían los honores del *afichage* en todos los centros agrícolas é industriales, para que los obreros aprendiesen ciencia social práctica, desnuda de vana retórica y de trasnochada y cursi erudición.

Los lectores de esta REVISTA podrán formar concepto de cuanto vale el dignísimo juez señor Catarineu, émulo de aquél colega suyo al que Alemania levantó una estatua de bronce. La sección de sociología corre á su cargo; después de leer sus hermosos é interesantes artículos confesará todo el mundo que nos quedamos cortos en el elogio de su fecunda y meritísima labor.

JOSÉ M.^a DE LA TORRE
Y
CÉSAR JUARROS

BIBLIOGRAFÍA

Valencia: Sus monumentos y arte. Su naturaleza é historia.—Por D. Teodoro Llorente.—Editor Daniel Cortezo.—Barcelona 1887.

El segundo tomo de esta importantísima obra se ha terminado y puesto hace poco á la venta. Con él termina el estudio completo que

su ilustre autor hace de nuestra hermosa capital y de los monumentos históricos y arqueológicos que encierra, lo mismo que otros pueblos y ciudades del reino. Precede á tan cuidadoso trabajo una breve reseña histórica de Valencia, no por breve menos hermosamente escrita y discretamente comentada.

Larga, penosa y erizada de dificultades ha sido la labor del eminente literato, que con el patriotismo y entusiasmo de siempre ha podido dar cima de modo admirable á su espinoso trabajo, en el cual no solo brillan los profundos conocimientos de historia, de arquitectura, de arte y de filosofía que son propios á esta índole de empresas, sino que resplandecen con la intensidad propia del verdadero talento, las más galanas joyas del lenguaje y filigranas de dicción que, como nadie, posee nuestro esclarecido poeta.

Así como evocados por la Pitonisa, levántanse de los ruinosos castillos, de los sombríos salones, de las catedrales góticas y de los abandonados templos paganos las figuras eminentes que honraron nuestra patria en pasados tiempos. Las graves pinturas vuelven á la vida y los Angeles, los Santos, los Prelados y Pontífices, las damas y los caballeros, parece que nos hablan de tiempos mejores en que el respeto y la gravedad eran norma y sostén de la vida.

El trabajo del Sr. Llorente merece ser conocido por todo valenciano que sienta verdadero amor por su patria. Es triste y hasta vergonzoso que recorramos á diario nuestras calles y plazas, que entremos en nuestros templos ó en los monumentos públicos cuyas ennegrecidas moles embellecen la capital, y que no podamos dar cuenta al forastero curioso de los detalles que pueda pedirnos.

Quien lea la obra de D. Teodoro Llorente con la atención y detenimiento de que es acreedora, no dudará más respecto á muchos puntos históricos ó arqueológicos, pudiendo satisfacer el noble deseo de conocer á fondo las obras de arte del país en que se mecía su cuna, y que muchas gentes (hasta las que de más cultas blasonan) ignoran casi en absoluto.

El detallado estudio, la minuciosa descripción de los monumentos y obras de arte, vá unido con amenísimo consorcio á la evocación de los personajes que más íntimamente intervinieron en las luchas y contiendas de las épocas pasadas, de los arquitectos, pintores, escultores, músicos y poetas que las construyeron, adornaron ó ensalzaron.

Merece bien de la patria el literato insigne por haber condensado en una obra casi manual, tantos y tan hermosos detalles.

La parte material de la obra es elegantísima y el lujo de la edición, la profusión de fotografías, grabados y viñetas avaloran los dos hermosos tomos.

Ha de figurar necesariamente en toda biblioteca valenciana, so pena de no ser considerado como hombre culto su propietario.

Se vende en la Administración de *Las Provincias*, Mar, 65. Valencia.

*
* *

Don Miguel Sawa. — Ave Fémica. — Madrid 1904

Las mujeres que el señor Sawa hace desfilar por las páginas de su último libro tienen una superficialidad anodina que las quita todo encanto. Una vez leídas sus historias, no vuelven á recordarse nunca, porque al pasar no saben producir un estado de alma ni dar motivo á una evocación, ni poseen el extraño y sugestivo poder de las obras buenas, de marcar orientaciones á los seres descubriendo nuevos horizontes. La única vida que de ellas llega al lector, es la puramente exterior, pero pobre é ilógica en exceso.

Se ven los efectos, mas se desconocen las causas, el íntimo proceso psicológico que las lleva á reaccionar en determinado sentido ó á perdurar en una constante dirección. Esto sería lo verdaderamente interesante. Va llegando ya la hora de convencerse de que al público moderno le interesan más las luchas interiores del espíritu que su exteriorización, por muy genial que esta sea. Hay que hacer psicología honda y sincera, como Bourget en su novela maestra «El discípulo», pues siendo el actual estado mental de los humanos un período indudablemente de transición, lleno

de vacilaciones, dudas y errores, conviene fijarlo en todos sus aspectos y matices, preparando de un modo simultáneo, con tales análisis, la llegada de la nueva modalidad intelectual, que ya comienza á vislumbrarse en el pensar y el sentir de unos pocos privilegiados.

No se crea entender por todos los anteriores razonamientos, que yo pienso que el arte sintético y el puramente emotivo deben menospreciarse y ser olvidados, sino que como el señor Sawa no parece haberse decidido aún por ninguno, solo trato de aconsejarle humildemente, pues en el fondo de la insustancialidad grande que sus obras viven, hay detalles reveladores de un buen instinto de observación y de condiciones no vulgares para lograr el triunfo literario con que seguramente sueña.

Su último volúmen pareceme prematuro, es decir fabricado á destiempo, sin la suficiente maduración. Esta es una de las causas del descrédito que los libros de los jóvenes tienen entre nosotros. Parecemos haber olvidado que el libro debe ser el último escalón de la vida artística y no el primero. Un libro debe suponer siempre la cristalización de una manera artística de concebir, y tan agradables precisiones, solo á fuerza de tanteos y equivocaciones pueden alcanzarse. Muchos de los bocetos que en «Ave Fémica» se hallan, serían muy estimables solos; perdidos entre las columnas de un periódico, nos cautivarían como cautiva y seduce siempre todo esfuerzo personal, todo ensayo; mas agrupados bajo la cubierta de un libro, con injustificada arrogancia, la sensación cambia y todo su perfume de frescura y juventud se desvanece.

*
* *

Leonardo Williams. — Castilla. — Madrid 1904

Forman la última obra publicada de este merísimo escritor una serie de anotaciones de turista sobre Madrid, Toledo y El Escorial.

Muy necesitados nos hallamos los españoles de que extranjeros cultos y amantes de la verdad vayan desvaneciendo la atmósfera de extraña leyenda en que para el resto del mundo civilizado vivimos envueltos. Por tales

razones, «Castilla» es un libro merecedor de grandes y repetidos elogios; pero desgraciadamente, nada más que por esto. Es un libro honrado y á ratos revelador de que Williams sabe observar y penetrar en el más profundo y misterioso sentido de las cosas; mas generalmente peca de falta de jugosidad, de color local, sus descripciones son pesadas, monótonas, mazorrales. Carecen de ese colorido especialísimo que constituye el principal encanto de las descripciones de viajes. Una de las peores condiciones que cualquier trabajo literario puede tener, es el traer á la imaginación el recuerdo de otras obras que de asunto semejante traten. Tal ocurre con el que nos ocupa, que de una manera rabiosamente inevitable hace de nuevo vivir las sensaciones que en nosotros dejaron Théófilo Gautier, Amicis, Maurice Barres y tantos otros que de la española nación hablaron.

Un título tan sintético, forzoso es reconocer que obligaba á más; en aquellas páginas no está la verdadera Castilla, la de los pueblos sucios, polvorientos y asoleados. Su psicología, aún no hecha, hubiera constituido una hermosa labor, admirable y necesaria; pero el señor Williams ha limitado sus tareas á tres poblaciones, ya de antiguo manoseadas y minuciosamente detalladas por cuantos literatos han paseado sus calles... El alma de Castilla no está en las viejas Catedrales, angustamente silenciosas, con sus muros de piedra, que el tiempo cubrió de una patina severa y triste, sino bajo los techos de las casuchas agrupadas al pie de un campanario, en la inmensa tristeza de los campos sin árboles.

El autor de «La tierra de los dñes» intenta de vez en cuando evocar melancólicas y graves leyendas; pero su prosa no es lo bastante flexible para tales empresas y el libro se cae de las manos. La culpa principal de todo ello estriba en lo poco que cuida el ambiente al intentar hacer resurgir épocas pasadas.

No siempre observa bien, pues si así lo hiciera, á buen seguro que no hubiera llegado á afirmar que en los cafés y tabernas españoles *no existen discutiadores políticos*, siendo así que esta perjudicial manía es en mucho la culpable

de nuestro atraso, robándonos el tiempo al estudio y al trabajo. En España los políticos solo sirven para ser discutidos en las tabernas, y acaso sea esta la única justificación posible de su existencia.

NECROLOGÍA

El actor D. José Vallés

La escena española está de duelo por la sensible pérdida de D. José Vallés, fallecido en Madrid el día 3 de los corrientes.

Nació este genial actor en la Corte en 1839 y era hijo de modestísima familia. Durante sus primeros años se dedicó á la profesión de cajista de imprenta, oficio que tanto ennoblece al obrero, pues á más de ser un trabajo verdaderamente intelectual, le ilustra y nutre su imaginación. Sus aficiones decididas al arte escénico le llevaron muy pronto á recibir lecciones del gran actor D. Julián Romea, por el cual sintió toda su vida verdadera veneración é idolatría.

Debutó en Madrid con éxito en 1865, y algunos años después, con el notable gracioso Lujan, formó parte de la compañía del tetro de Variedades, en la que figuró durante toda su juventud, dando á conocer las primeras obras de autores tan esclarecidos como Vital Aza y Estremera. Al incendiarse el referido coliseo entró á formar parte de varias compañías que actuaron en provincias, visitando, entre otras, Alicante y Valencia, en donde contaba con buenos y cariñosos amigos.

Posteriormente trabajó en compañía de la señora Tubau, y todos recordamos el acierto, propiedad y colorido con que representó el papel del gran Bonaparte en la comedia de Sardou «La corte de Napoleón».

Lo compañía de la Comedia le contrató después, y en ella trabajó Vallés con la maestría y entusiasmo de siempre, estrenando entre otras obras, «Los Galeotes», de los señores Quintero, y «Lo cursi», del Sr. Benavente; con dicha *troupe* vino á Valencia por última vez hace dos años.

Una penosa enfermedad contraída en América le ha llevado al sepulcro, dejando en la más triste orfandad á su hija viuda y á seis nietos.

¡Descanse en paz el artista infortunado!

LIBROS EXTRANJEROS

El peligro amarillo, por Austin de Croze. —No hay tal peligro amarillo—dice;—es un fantasma que inventamos para escusar nuestra pusilanimidad.

El Japón combate por su existencia económica. Ya que en Europa no han sabido educar á la China y dar valor á las riquezas del suelo y del subsuelo, el Japón se tomará más interés que nosotros. Los japoneses han de temer la inmigración de los europeos en sus islas. No son salvajes, tienen libertad de imprenta, disfrutan del derecho de reunión y de asociación bajo las mismas cortapisas legales que en Francia y en Rusia, y poseen desde hace quince años el impuesto sobre la renta y múltiples libertades que en diferentes puntos de Europa no se conocen todavía.

El Marrusco de hoy, por Eugenio Aubin. —Se tiene la preocupación de que el Mogreb es un país completamente bárbaro porque hasta hoy ha estado cerrado á toda influencia europea. Ciertamente que el gobierno es arbitrario y el pueblo está desprovisto de cultura, pero existe en las grandes ciudades y en los principales kasbahs una sociedad bien educada, que se ha desarrollado según la forma especial de la civilización árabe. El Sultán se muestra accesible á las ideas europeas y siente ansias de reformar su imperio con la impaciencia brusca, inherente al poder absoluto y á la osadía de la juventud.

Le atraen dos civilizaciones, la inglesa y la francesa; consagra toda la tarde á distracciones europeas. Se comprende el escándalo que causa semejante conducta entre las tribus montañosas y asiáticas.

El camino del Rey, novela por Carlos Re-

colín. —Esta obra ha sido premiada por la Academia Francesa.

Es un idilio rústico, que por su encanto grave y puro y por el profundo conocimiento de las costumbres provinciales, por su estilo armonioso y limpio y sobrio, cautiva. Es la historia de la hermosa Amsa, hija del alfarero Joanellón, musa agreste de los Pirineos, que se enamora de un parisién y se casa, sufre múltiples decepciones y regresa al país natal á morir en los brazos de un amigo de la niñez.

Anticipaciones, por H. G. Wells. —Este autor ha construido el misterioso porvenir con la ayuda del presente y dado el cuadro de la vida tal como será dentro de numerosos años. El escritor radical y democrático combate con gran vivacidad á la aristocracia en Inglaterra con sus egoismos y sus ambiciones. Se ha inspirado para escribir esta obra en el amor hacia el género humano, deseando que busquen la felicidad en el seno de la familia, del trabajo y de justicia.

ARGELEZ

TEATROS

A pesar de no haber comenzado la temporada que pudiera llamarse oficial, han inaugurado sus tareas de invierno algunos teatros, sobre todo los llamados del género chico. Pronto se sucederán unos á otros los estrenos en la Corte, y tras ellos podremos apreciar en provincias la discutida labor de nuestros autores dramáticos y cómicos.

Las obras en un acto dominan á las de mayor extensión por su número, y esto ha dado lugar desde hace varios años á controversias, más ó menos animadas ó justas, sobre la calidad de tales trabajos y si este género, de rápida y emocionante acción, bien sea en el elemento cómico ó en el dramático, es un verdadero género en literatura que merezca atención y respeto.

De todo hay en él, como lo hubo en obras más estensas y de más prolongada labor. Autores ya relativamente antiguos, como los coetáneos del romanticismo dramático, que es-

cribieron en tres ó más actos sus obras cómicas, tuvieron ante el jurado de nuestros padres lamentables tropiezos y descalabrantes caídas, pues desde los *Chorizos y Polacos* del dichoso tiempo Moratinesco, hasta los *reventadores* de Eslava y Martín, en toda época hubo gritas á lo malo; indulgencia para lo mediano y aplauso para lo bueno; es irracional medir por el tamaño el mérito de la obra teatral, y así como la escesiva producción abarata el género (y de esto puede motejarse al llamado chico), mayor satisfacción produce el hallar en él de vez en cuando trabajos que merecen atención y elogio incondicional. Desde luego que es mucho más difícil condensar en un solo acto la acción de una idea original que diluirla en tres ó más jornadas con las pausas que dicha labor exige.

Vengan, pues, obras del género chico siempre que nos traigan gratas emociones y aspiremos en ellas la belleza que el alma persigue. No hay que desdeñar las pasiones populares, porque también ellos «tienen su corazoncito», como dijo Vega, maestro en el género y para mí el primer sainetero que gozamos.

En Madrid han inaugurado la campaña los teatros de Apolo, la Zarzuela y Eslava, en todos los cuales se rinde culto al género pequeño.

En el primero actúa la misma compañía que el pasado año, y las obras que ha ofrecido al público esa primera noche son ya de las juzgadas y aplaudidas. Esperemos el primer estreno, pues el primer teatro de la Corte en este género llama poderosamente la atención de los críticos desde el punto de vista de las nuevas obras que presenta.

La Zarzuela dió un estreno la noche de la inauguración. *Las bellas artes* se titula, y es original del Sr. Larra, con música de los maestros Caballero y Hermoso. Alcanzó, según los revisteros, un éxito mediano, pero sigue en el cartel con aplauso de la masa general.

Eslava también ha comenzado sus tareas con otra obra nueva. *El rey del valor*, cuyos autores son los señores Paso y Crouselles de la letra y los maestros Calleja y Lleó de la música. Son evidentemente los dos jóvenes

compositores los más fecundos de Madrid, y todos los años terminan la temporada tras haber estrenado diez ó más obras. Vicente Lleó, paisano nuestro y amigo querido, es un trabajador infatigable y merece por ello los aplausos que el inconstante público madrileño le ha tributado en repetidas ocasiones.

En Valencia también ha hecho ya su debut, con la compañía dirigida por los señores Talavera y Senís, el popular teatro de Ruzafa, que es hace ya varios años principal albergue del género chico en nuestra ciudad. Ha inaugurado la temporada con obras ya sancionadas por nuestro público, y como es el que nos interesa por ahora, como más próximo, algo he de decir de la compañía en general.

El Sr. Talavera es el gracioso de siempre, discreto, raras veces apayasado y habiendo en algunos papeles difíciles y de importancia revelándose como actor serio, capaz de más atrevidas empresas. Tiene gracia espontánea y es inteligentísimo para la dirección de escena.

La señora Cháfer ha sido para la empresa una buena adquisición, dadas sus condiciones y facultades, y la señorita Ramos, tan querida del público de Ruzafa, merece como siempre las simpatías de los *morenos*, y estoy por decir que obtendría mayor aceptación suprimiendo ciertos desplantes y minuciosidades escesivamente chulescas y que no sientan bien á todos los papeles, pues dicha distinguida artista suele vivir en *Caramelo* casi siempre. Buen barítono es el señor Capsir y buen tenor el señor Baldoví; como notables característicos son el señor Hidalgo y la señora Megía, veteranos del género, tan aplaudidos siempre, y el señor González, actor de verdadero talento, que lo oculta las más de las veces bajo la inmensa capa de payasadas, gestos de clown y otras manifestaciones, que más bien perjudican la ejecución de las obras que la favorecen.

A la Princesa viene el señor Muñoz con una compañía de declamación, y los barruntos que hay del Principal son también de verso. Nada se sabe aún del teatro de Apolo.

* * *

Puesto que de teatros se trata, he de comentar, siquiera sea brevemente, la orden del gobernador de Madrid relativa á la duración de las funciones.

Disgustadas están por ella las empresas, y si á esta se añade la del Descanso Dominical, puede asegurarse que no andan muy acertados los poderes públicos en lo que á los asuntos teatrales se refiere.

Es coartar la libertad que tiene todo ciudadano de acostarse á la hora que le parezca y un medio bastante original de morigerar las costumbres la decantada disposición. A nada conduce y nada resuelve, por razones prolijas de explicar y harto fáciles de comprender. El que tiene que madrugar para acudir á sus quehaceres no vá al teatro, y de ir se retira, en uso de su libérrimo derecho, á la hora que le parece, y el verdadero trasnochador, el que vive de noche como el murciélago, aunque le cierren el teatro á las doce, tiene sobrados sitios en donde ver la salida del sol.

De modo que es lo mismo.

Errata notable

En el número anterior y en la magnífica poesía con que nos honró nuestro eminente colaborador D. Teodoro Llorente, se deslizó una errata de entidad. En la duodécima estrofa y en donde dice,

«Su inasequible corazón se ensancha
debe leerse

su inasequible *aspiración*

Sentimos el percance, propio de la precipitación con que se ha impreso el primer número.

GLOSAS Á LA VIDA.

En los primeros días del corriente mes llegó á Valencia, tras largos años de expatriación, el insigne patricio D. José Rodrigo Botet. Nuestro saludo más cariñoso debe de encabezar esta sección, pues la personalidad del Sr. Botet es tan saliente, que á más de ser admirado y respetado en su patria, debe de ser conocido en las provincias levantinas con el justo

elogio que sus indiscutibles méritos le dan, sin ditirambos exagerados.

Hijo de nuestra tierra, partió para América en los primeros albores de su juventud, realizando á fuerza de honrado trabajo, de inteligencia y de perseverancia, una inmensa fortuna, que más tarde puso á la disposición de grandes empresas en las que brillan los adelantos del progreso y de la industria, consagrandole á la ciencia y al mejoramiento de sus semejantes el dinero tan honrosamente ganado.

Hace algunos años y en uno de sus cortos viajes á la madre Patria, regaló á Valencia la magnífica colección de fósiles que todo el mundo conoce y que la incuria de unos y otros tiene casi abandonada.

El estudio de la Paleontología es interesantísimo, y no hay rama de la historia natural que merezca mayor atención, pues la presencia de esas magníficas piezas en ciertas fajas de terrenos antiguos ha contribuido muy mucho á aclarar puntos muy oscuros de la historia de nuestro planeta y de los complicados y poderosos seres orgánicos que nos precedieron en él.

La colección del Sr. Rodrigo Botet es de las más completas y notables que se conocen, y es lástima que no se tome con verdadero interés su conservación por las autoridades á quien corresponda.

Valencia ha honrado á su hijo predilecto dando el nombre de Rodrigo Botet á una de sus más concurridas plazas, galardón que bien merece el hijo ilustre de nuestra ciudad por sus personales méritos y por su valiosa donación.

La REVISTA DE LEVANTE saluda efusivamente á tan esclarecido patricio.

*
*
*

Entre cuatro personas, naturales y vecinas de los Estados Unidos del Norte de América, poseen la cantidad 1.200 millones de duros.

Son estos señores el banquero Wandervith y los reyes del azúcar y del petróleo; sin contar otro banquero, que posee para el solo la suma de 280 millones, de pesos se entiende.

No hay soberano de la tierra, ni testa coronada de emperador ó de rey que no resulte un mendigo al lado de estos hombres.

Estas cuatro fortunas comenzáronlas los antecesores de estos dichosos yankees en un estado de miseria próximo á la mendicidad.

Los filósofos *à la main* y los pensadores de refrito podrán exclamar ahuecando la voz: «El trabajo honrado enriquece al hombre». — ¡Sonsoniche!

Lo que enriquece al hombre es la suerte. ¡Cuántos y cuántos no pasan en su vida de mil pesetas de sueldo!

*
* *

El servicio de incendios en París es una cosa notable. He visto en las calles más apartadas como en los bulevares del centro, timbres avisadores encerrados en un farol. Puede leerse en los cristales el siguiente aviso: «En caso de incendio rómpase el farol y tóquese el timbre». De este modo y por medio de un hilo subterráneo, el retén de bomberos más próximo acude al lugar del incendio casi inmediatamente.

Los que acusan de continuo á nuestros gobiernos de no velar por el bien del país, de que nuestra nación marcha en la evolución del progreso á la cola de las otras, *et sic de cæteris*, no tienen razón.

El servicio de bomberos establecido así en España no daría más que un resultado. El de romper por gusto diez faroles cada día y volver locos á los bomberos.

Somos aquí muy chuscos.

*
* *

El general Weyler le ha dicho á un periodista que cada vez se siente más soldado y menos político. Y á renglón seguido comienza á repartir mandobles sobre todos los personajes políticos y á forjar su correspondiente programa de gobierno...

¡Qué contraste! El veterano general se sintió político cuando no debía ser sino soldado, y soldado cuando le reclaman las dulces y tranquilas cavilaciones políticas. Con lo que se demuestra que este es el país de los contrasentidos... y de los generales verdes.

AL PÚBLICO

En vista del éxito obtenido por el primer número de nuestra Revista y del favor que el público nos dispensa, la Empresa ha resuelto mejorar notablemente las condiciones materiales del periódico. Así podrán notarlo en el presente número nuestros favorecedores.

IMPORTANTE

En la sección bibliográfica de esta Revista daremos cuenta detallada de todas aquellas obras de las cuales nos sean remitidos **dos ejemplares** por sus autores ó editores.

De las que recibamos **un ejemplar** haremos mención con nota de su precio y condiciones.

ADVERTENCIAS

No se devuelven los originales y sólo se publicarán los que á juicio de la Redacción lo merezcan.

Rogamos á los escritores de la región levantina, cualquiera que sea su residencia, nos envíen nota detallada de sus obras, precio y puntos de venta para ser anunciadas.

Precios de suscripción

Semestre.	2'50 ptas.
Trimestre.	1'25 »
Número suelto.	0'20 »

REVISTA DE LEVANTE se publica los días 1.º y 15 de cada mes y constará de 32 páginas con elegantes cubiertas en color.

Toda la correspondencia al Redactor-Jefe

Redacción y Administración: calle de Colón, 31, bajo.—Valencia.

Valencia.—Imp. de Juan Guix, Miñana, 7 y 9.